12

DISCURSOS

LEIDOS ANTE EL

CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD

DE SANTIAGO

EN LA RECEPCION PUBLICA

DEL

Catedrático de anatomia general y descriptiva

DR. D. FRANCISCO FREIRE,

el dia 31 de Mayo de 1863.



SANTIAGO,

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MANUEL MIRÁS, CUESTA DE S. PAYO NUM. 1.°

1863.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE EL

CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD

DE SANTIAGO

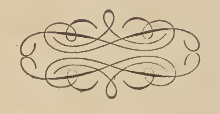
EN LA RECEPCION PUBLICA

DEL

Catedrático de anatomia general y descriptiva

DR. D. FRANCISCO FREIRE,

el dia 31 de Mayo de 1863.



SANTIAGO,

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MANUEL MIRÁS, CUESTA DE S. PAYO NUM. 1.°

1863.

La medicina se cultiva y enriquece con las verdades de los principales sistemas que la han dominado sin satisfacer ninguno de ellos esclusivamente sus legítimas aspiraciones.

DISCURSO DE RECEPCION

por el Doctor

D. FRANCISCO FREIRE,

CATEDRATICO DE ANATOMIA GENERAL Y DESCRIPTIVA.

ILMO. SEÑOR.

SI el acto que solemnizais y la historia de este santuario del saber, distinguido tantas veces por aquellos aventajados génios que en premio de sus escogidos trabajos supieron recoger merecidos laureles aqui guardados, os dan derecho para esperar del que tengo la honra de ofreceros algo que sea digno, tened tambien presente que esa misma grandeza turba mi ánimo al contemplarme ante el deber que el reglamento me impone sin las dotes que debiera poseer para que este correspondiese á la inmerecida gracia con que S. M. la Reina (q. D. g.) tuvo á bien honrarme. Sed, pues, al juzgarlo justos nó; pero indulgentes y benévolos sí.

Voy con esa esperanza á demostrar; «Que si bien la ciencia de la Medicina se cultiva y enriquece con las verdades de los principales sistemas que aparecieron en su horizonte, ninguno de ellos esclusivamente satisface sus legítimas aspiraciones.»

Llama profundamente nuestra atencion el notabilísimo

contraste que en el curso de los tiempos ofrece la vida transitoria y efímera de los sistemas médicos en relacion con el carácter de permanencia y perennidad que en alto grado distingue á la Medicina. Para justificar la exactitud de esta afirmacion, basta su historia. Veremos, sinó, en el discurso de este trabajo, como desde la mas remota antigüedad fué un hecho constante la sucesiva aparicion en el campo de la ciencia de diversos sistemas que, despues de una evolucion mas ó menos larga, tocaron el período de su decadencia; sin que de esta ley se pudieran eximir los que por mas tiempo vivieran arraigados en la opinion, ni tampoco aquellos que, reapareciendo mas tarde transformados por el secreto influjo del progreso, llevan en su constitucion indelebles signos del vicio que originariamente les caracteriza; al paso que nos muestra invariable á la verdadera Medicina, conservando el rango de una ciencia útil, y á su profesion con el valor de una institucion social que constantemente vela por la salud del hombre, cual fiel compañera en su aflictivo estado de enfermedad.

Empero no basta consignar este elocuente contraste, que, sea dicho de paso, constituye la trama entera de la historia; por mas que eso debiera ser suficiente para acoger con justa prevencion cualquier sistema que brilla á los ojos de la multitud por sus exageradas pretensiones: es necesario mas; hay que esplicar el hecho; dar á conocer los fundamentos en que se apoya; en una palabra, se requiere suministrar la clave con cuyo auxilio se pueda, sin distincion de épocas, apreciar el carácter esencialmente perecedero de los sistemas médicos, á la vez que contemplar la aureola de inmortalidad que ciñen los destinos de la Medicina. Solo asi será posible inspirar en los ánimos una legítima y provechosa desconfianza, haciendo ver con ella, que esa ley de lo pasado es tambien en esta parte ley indeclinable del presente y del porvenir, contrarestando asi con algun éxito los estravios de la opinion dispuesta siempre á ceder ante la última novedad que satisface una de las ilusiones, sin duda mas naturales, pero tambien una de las mas desastrosas de la razon humana.

El objeto final de la Medicina es curar las enfermedades; y de seguro no hubiera existido siquiera el nombre de la

ciencia, si desde su origen no hubiese logrado aquel objeto. Solo con esta precisa condicion, hija de su naturaleza, es como ha podido figurar en el cuadro de los conocimientos humanos. Mas este imperfecto modo en la realizacion del arte no alcanzaba ni remotamente á satisfacer las aspiraciones de su nobilísimo ideal que le impulsaba, nada menos que á dominar el campo de la patologia entera. Y no se crea que esta necesidad de perfeccionamiento se hizo sentir solo en el origen de la Medicina: es de ayer, es de hoy é indefectible la será de los tiempos venideros porque asi lo exige el carácter de la ciencia indefinidamente perfectible, siendo de consiguiente imposible, por mas que nos adelantemos hácia el saber del porvenir, el que una distancia incomensurable no separe cualquier suma de conocimientos médicos de la que se concibe necesaria para realizar en toda su plenitud el altísimo objeto á que están destinados,

Establecida desde luego sobre el sólido fundamento de la esperiencia sin escluir de su sintesis ninguno de los elementos esenciales que la razon señala, y dirigiéndose siempre hácia la perfeccion por el poderoso y fascinador influjo del ideal que la arrastra en ese sentido, la ciencia se lanza en la série natural de sus evoluciones, se desarrolla, se agranda, se enriquece con todo el caudal de conocimientos, que pueden preparar y facilitar la adquisicion de las leyes terapéuticas, último término y merecido premio de sus desvelos en bien de la doliente humanidad. Durante esa progresion y cultura, que jamás concluirán, la ciencia de la Medicina como natural y fiel depositaria de todo progreso, inscribe en su gran registro los diversos hechos y diferentes leyes que son el fruto de su investigacion, atendiendo preferentemente á la amplitud del conocimiento terapéutico; bien sea esto debido á la casualidad, ó á esperimentos ciegos, ó sea por fin obtenido por el camino de una esperimentacion ilustrada por hipotesis; que hace legitimas y probables la prévia nocion de otras leyes, sean estas terapéuticas, fisiológicas, químicas, ó de cualquier otro órden emanadas de las demás ramas del saber humano.

En esa funcion científica tan compleja, cuya resultante visible es el engrandecimiento gradual del arte médico, no

hay ni puede haber un solo elemento de conocimiento especialmente enlazado con su objeto que no le pertenezca, una sola invencion útil é instructiva que no la asimile y considere como su propia obra. Abierta sin anticipadas preocupaciones al campo de la esperiencia, ninguna de sus mas imprevistas revelaciones la maravilla y sorprende; nada rechaza si lleva ó consiente el sello de la comprobacion esperimental, interviniendo en ella la razon; no pide la credencial á cualquier idea que haya servido de intermediaria á un descubrimiento provechoso, y le basta someterlo al crisol de la esperiencia, para luego colocarlo en aquel lugar del cuadro científico que le corresponda.

Tal es la ciencia mientras que en su marcha no se halla influida por esclusivos sistemas. No obstante, el constituirla como tal por el seguro camino de la observacion y la esperiencia reguladas por el conjunto de las leyes *á priori* del entendimiento, es lento y difícil, y como la tarea aparece interminable, el ideal á que se aspira estimula los deseos de progreso. Por otra parte, no en todos los momentos de su desarrollo es igualmente sensible el movimiento científico; y he ahi cuando ciertos espíritus entusiastas, á quienes inflama un ardiente celo en bien de la humanidad y amor á la gloria, adquieren una sublime impaciencia.

Es entonces cuando se pregunta: «si habrá un medio mas fácil, un camino mas corto para la perfeccion de la ciencia y del arte.» «Repitiendo en su afán, si la razon no podrá inventar un principio, una fórmula general bastante ámplia para contener á un tiempo los conocimientos adquiridos y cuantos sean posibles.» Sin que vacilen en acometer tamaña empresa esperanzados con el ejemplo que les dá la filosofia en que se apoyan.

Asi es como han nacido conmunmente todos los sistemas que con irregulares intérvalos reinaron en la Medicina, fundados, como se verá, en el espíritu filosófico de su época.

Vienen, pues, á ser los sistemas médicos ciertas concepciones del entendimiento relativas á la esperiencia médica, que se fundan en la consideracion preferente y aislada de alguno ó algunos de los elementos necesarios del

conocimiento, escluyendo todos los otros del mismo órden que, ó quedan oscurecidos, ó indebidamente subordinados á aquellos, por mas que los escluidos sean necesarios para formar la síntesis total que se proclama, y aun para el desenvolvimiento natural y completo de la esperiencia misma.

Esta definicion que espresa y determina el carácter comun á cuantos sistemas se señalaron en el desarrollo histórico de la ciencia, lo mismo que á todos aquellos que en lo sucesivo puedan aparecer con pretensiones esclusivas, revela á la vez el gérmen de muerte en el vicio constitucional que los devora, asi como por sí sola viene á ser su mas esplícita condenacion.

En efecto, todos entrañan y parten de un gravísimo error metafísico; si, Señores, todos ellos conceden á algun punto de vista categórico del entendimiento, el valor de la síntesis total. Es decir, que incurriendo en la mas evidente contradicion, hacen del conocimiento parcial la suma de todos los conocimientos; siendo la consecuencia inmediata y necesaria de esto que mutilan ó niegan la esperiencia hasta tal punto que ni la sombra es de la realidad.

Pretendiendo todos ellos simplificar el estudio de la naturaleza y llevar á él torrentes de luz, solamente alcanzan á producir la confusion y el caos haciendo derivar ontologicamente, en la imposibilidad de obrar de otro modo, unas de otras nociones irreducibles, cuando no se empeñan en cerrar los ojos á la verdad.

Veamos sinó como el organicismo, el vitalismo, el eclecticismo, el empirismo, el vitalismo orgánico y la homeopatía, descompuestos en su raiz filosófica, lo mismo que en sus consecuencias para la fisiológia, para la patológia y terapéutica, nos dan un testimonio intachable de que ninguno de ellos, como esclusivo sistema, puede servir para la verdadera ciencia de único fundamento para su perfectibilidad posible, por mas que ella se enriquezca y cultive con las verdades que encierran.

I.

Para el organicismo la disposicion particular de la materia es la causa de los fenómenos de la vida, y estos su efecto,

tendiendo siempre á fundarlos en la física y en la química. Aun cuando para la determinacion de tales fenómenos necesite esta doctrina admitir una propiedad, la vé como puramente orgánica, porque concibiendo á la materia por sí misma activa, ella con sus variadas disposiciones es la productora de diferentes fenómenos que, si tanto difieren de los que pertenecen á los individuos del reino inorgánico, es porque la materia propia de los seres vivos está combinada en ellos de diverso modo.

Si al comprobar por la física y la química hechos particulares de los seres organizados refiriéndolos á otros mas generales, toca el organicismo la imposibilidad de esplicar el hecho principio, crea entonces una fuerza ínherente á la organizacion, sin que implique la idea de un agente especial, y sin admitir para todas las funciones del organismo mas fuerzas que las físicas y las químicas. Dinamismo idéntico en todos los reinos, y sin otra diferencia para sus resultados, que la proveniente de diversas circunstancias conocidas unas veces y desconocidas otras.

Por eso considera las funciones como órganos en ejercicio, y la vida como la disposicion orgánica necesaria para el movimiento: disposicion recibida en el acto de nacer y á merced de la cual la máquina anda hasta que se altera de un modo natural necesario ó casual accesorio.

Como se deja evidentemente comprender tiene este sistema médico su fuente filosófica en el mas grosero materialismo. Por eso es, Señores, la materia para él la esencia y la vé dotada entre otras propiedades de la de actividad; y como antes que los atributos de estension, impenetrabilidad y otros posee la de hacer materia activa, la considera como la sustancia de sus atributos y como la única causa admisible de cuantos resultados estos ofrecen.

Esa causa variando, por ser múltiple, en su cantidad, cuanto en la forma, por ser limitable, imprime á los efectos, que le son consiguientes, idénticos cambios en su actividad, los que, al manifestarse por el movimiento, se alteran tan solo en su cantidad y direccion.

Estos son, para el materialismo, los elementos primordiales y únicos esenciales con los que concibe la existencia del mundo orgánico y la del inorgánico. Con ellos vé la ar-

monia del universo y la actividad funcional de los seres vivos.

Asi es que, proclamando aquella filosofia que la materia es lo único positivo y real que existe, á su vez el organicismo halla en los órganos lo único palpable, efectivo y evidente que tienen los seres vivos: siendo lo demás ó funciones de los órganos ó la nada, cual el materialismo, fuera de la materia inerte ó activa es lo único que reconoce.

Ni se crea que para probar la firmeza y seguridad que el organicismo ostenta, si se le replica que la esperiencia no confirma esa constante relacion entre los órganos y las funciones, el estado normal y anormal, que hay enfermedades sin cambio apreciable en la testura de los órganos ó alteraciones de estos sin enfermedad, que los cuerpos vivos no combinan con los físicos ni los químicos sinó despues que los han modificado hasta tal grado en su modo de ser que los hacen perder la esclusiva condicion de materiales, no por eso, digo, vacilan sus sectarios en afirmar que la especialidad de los fenómenos vitales dependen siempre de la especialidad tambien en su estructura orgánica, y que si no vemos siempre corresponder los primeros á la segunda, no es porque deje de tener lugar aquella subordinacion, sinó porque nuestros medios de inquirirla son insuficientes.

Un modo semejante de rehusar este sistema médico cuantas observaciones se le hacen en el terreno de la esperiencia, es la prueba mas patente de que para desvanecer sus errores no hay mas medio que sugetar su materialista filosofia á un escrupuloso análisis, con el que se podrá impedir que esa secta logre dominar no solo el campo de la Medicina, sinó el de las demás ciencias, cual pretende hace tanto tiempo.

Las graves consecuencias que el organicismo causa tanto á la fisiológia, como á la patológia y terapéutica, hace indispensable nos ocupemos de él bajo este triple concepto, para poder asi juzgarle con un criterio despojado de toda prevencion.

La ontológia organicista en el campo de la fisiológia creó el mecanismo, la yatro-física, la quimi-atria, y el organicismo vitalista.

Vamos á demostrarlo. El abstracto que ese sistema generaliza, ó sea la sintesis fenomenal de la materia dotada

de actividad propia, si comprende el género de las cosas en cuanto estensas y con un movimiento especial suyo, engendra el mecanismo; si una actividad innata y uniforme de la misma matéria, pero solo con aptitud á producir alteraciones mecánicas convertidas en los demás fenómenos propios de los seres vivos, la yatro-física; si esa misma actividad es con relacion á las fuerzas químicas, la quimi-atria; y si, además de las condiciones fenomenales asignadas á la materia como causas de su actividad, se reconocen una ó mas propiedades vitales, el organicismo-vitalista.

Por mas que en las variedades nacidas de la doctrina organicista, se halle una aproximacion mayor á la verdadera sintesis en lo que tenga de ciencia, ver todavia una materia dotada de irritabilidad con Haller, de sensibilidad y contractilidad con Bichat, ó de mayor y variado número de propiedades vitales con Gerdy, es querer considerar bajo un punto de vista comun un conjunto de fenómenos propios de los seres vivos, para de ellos hacer abstraccion de la materia conteniendo en si todos los fenómenos de actividad que caracteriza la vida; es, en fin, dar el valor de causa á la suma de hechos en que la fibra viva contesta con contracciones y oscilaciones espontáneas, asi como el de efecto á las numerosas especies de acciones que ofrece la economia.

El error es tan palmário que á nadie debe ser dificil reconocer en la irritacion de la fibra estimulada, no la vida, sinó un hecho, un fenómeno vital, una parte del grupo sintético de fenómenos que representan la actividad vital y que si bien puede considerarse para la economia como causa de efectos sucesivos, él es á su vez de otras causas.

He ahi como el organicismo considerando la vida dentro de tan estrechos límites, no puede espaciarse por los despejados horizontes de las fuerzas, de la finalidad de accion, de la tendencia y otros; asi como su afán de investigar está únicamente limitado á lo que aquellos abrazan.

Para este sistema la economia no es mas que un conjunto de aparatos, estos la reunion de órganos, los órganos unos agregados de fibras ó elementos anatómicos, y estas una reunion de moléculas ó átomos. Son estos átomos una creacion hipotética, que aun cuando se los quisiese supo-

ner sinónimos de partes, no cabe considerarlos como tales antes ni despues del todo, porque son simultáneos y constituyen mutuamente los términos de una relacion que desaparece si falta algunos de ellos.

Consecuente en sus principios subordina las funciones á los órganos, y convierte sus condiciones anatómicas en causas de lo que se verifica con ellos y no por ellos, haciendo que un órden de fenómenos de naturaleza superior dependa de otro de naturaleza inferior, puesto que subordina la actividad vital, que es una síntesis fenomenal mayor, á la disposicion física de los órganos, que la es fenomenal menor.

Carece de muchas consideraciones importantes la fisiológia organicista, en las que otros sistemas, como el vitalismo, le aventaja; pero, en cambio, dentro de los límites que ella misma se traza, injusto seria no conceder á esta doctrina el derecho que tiene al reconocimiento de la misma fisiológia por los preciosísimos datos que á esta rama del saber ha suministrado, investigando las condiciones anatómicas, las físicas y las químicas de los fenómenos vitales.

Las consecuencias del sistema organicista, sea el solidista puro ó el humorista, para los estudios patológicos, varian segun el grado de simplificacion ó generalizacion de los fenómenos.

Si como en el mecanismo de Borelly, nacido de la filosofia cartesiana cuyos principios admitió, no es el organismo otra cosa que aquella máquina animal compuesta de palancas y ruedas movidas á impulso de los espíritus animales contenidos en sus cavidades y estimulados estos por los agentes del mundo esterior, en cuya trama se forjaba la existencia de conductos y cribas para la formacion y conducion de los líquidos y espíritus: en ese inerte esqueleto, que se desgasta, se afloja, se roza, se obstruye y se horada por los medios que en el influyen, sus alteraciones deben determinarse por obstrucciones, relajaciones, trituracion de unas sustancias, mezcla de otras, alteraciones consiguientes á las juntas que se suponen y lo mismo las de los orificios destinados á su paso.

Muchas de tan vagas concepciones desaparecieron ya, pero otras aun se conservan, y así parecen estar destinadas

á servir de huellas que señalan por este camino de la ciencia el paso del sistema organicista.

En aquella misma época el quimismo de De-le-Boé, de Willis, de Etmuller y otros, apoyado en los adelantos de la química, quiso dar el predominio á los fenómenos vitales y reducir las leyes del organismo á las de la fermentacion y precipitacion, haciendo de la patológia un informe caos sin órden en la distribucion de las enfermedades, que no podian prestarse á consideraciones generales por haberlas reducido á un escaso número de clases y órdenes.

Cayó en descrédito el organicismo de Borelly, Boerhaave. Baglinio y otros, desapareciendo los espíritus animales como creacion fantástica; y Haller, con Cullen, Bichat, Broussais, Chomel Rostan, y tantos otros, concibieron en su mente, ansiosa de poner por este lado los límites de la ciencia, las teorías del espasmo, incitacion ó irritacion de la fibra, á cuyo esfuerzo les impulsaba el poseer preciosas investigaciones anatómicas, físicas, químicas y microscópicas, lo mismo que resultados de esperimentos anatómico-fisiológicos practicados en animales vivos les hacia formar cálculos y estados de numerosisimos hechos puestos todos á merced de organicismos, tanto que si esos mismos materiales los hubiesen destinado á elevar el edificio de la ciencia, despues de reedificarla, y no los circunscribiesen á la materia como absoluto principio del sistema médico reinante, hoy tendriamos aquella vasta rama del saber depurada de muchos errores, que si bien retarda su marcha progresiva, no bastan para impedírsela.

Para la patológia organicista no hay mas que enfermedades locales y solo podria admitirlas generales en el caso, que la observacion no confirma, de hallarse alterada en toda su testura la organizacion, sin esceptuar la mas sutil fibra ni la última celula de su trama.

La esencia íntima de la enfermedad la hace consistir en la lesion destructora en un órgano dado, y no admite ninguna sin esa alteracion. Con señalar el órgano afecto y decir si en él hay mas ó menos sangre, consistencia, rubicundéz etc. todo es hecho para el organicismo: se conoce el mal en su esencia y naturaleza; «que mas se quiere,» dicen ellos. No concibe tampoco como una funcion puede estar

alterada sin trastorno en la organizacion; y cuando no halla esos caractéres orgánicos que como causas supone, sostiene la relacion que *á priori* afirma, subordinando los fenómenos de actividad vital á la disposicion física; y si aun con eso no satisface tal objeto, entonces atribuye el defecto á lo incompetente que son nuestros medios de investigarlo.

Como puede ya inferirse de cuanto respecto al sistema organicista dejamos consignado, no solo es imperfecto, sinó inconveniente para cada caso particular, porque separa las afecciones mas congéneres y reune las desemejantes; y como generalidades, se reducen las de esta doctrina patológica al estudio de los padecimientos de los sistemas orgánicos y cuando mas al de la inflamacion y de las lesiones anatómicas de varios tegidos, olvidando las diatesis caracterizadas por fenómenos funcionales sin apreciar las analogias y relaciones de los mismos, cuando á dichos fenómenos no acompañan evidentes cambios de testura.

Queda, por tanto, suficientemente demostrado, que, es necesario para los progresos de la ciencia instituir la patológia organicista por aquellas que contribuyan á la formacion de un cuadro mas comprensivo de nuestros conocimientos médicos, y en el que aparezcan dispuestas las enfermedades de modo que el entendimiento pueda apreciarlas en sus mas importantes relaciones.

Veamos ahora, analizando la terapéutica organicista, como ha influido en la práctica ese mismo sistema.

Las indicaciones racionales del organicismo varian tanto cuanto los matices de su idea fisiológica y patológica basando por lo mismo el tratamiento en la consideracion de las propiedades físicas, químicas ó vitales que admite como inherentes á la organizacion. Asi es, que propone el uso de agentes físicos para combatir desórdenes que concibe físicos tambien; químicos, para los padecimientos de su género; y asi lo demás.

Deslindado por el organicismo el lugar que corresponde á cada modificador, para disponerlos en las categorias segun que aumentan ó disminuyen la accion de la economia que establece como fundamental, se enseñorea con la posesion de una fórmula que á todos los casos aplica, y desechando por la lógica de sus hechos la esperimentacion

clínica, limítase á clasificar la dolencia que se le presenta, y de su doctrina saca la terapéutica.

Las indicaciones no racionales, fórmalas el organicismo despues de perder un tiempo precioso que empleó ensayando sus supuestos médios racionales, que quizá lleva mas allá de sus prudentes límites, procediendo en esto sin conviccion, ni seguridad y con esa timidéz que nace del esclusivismo de su doctrina; y si aun asi los agentes empleados no son bastantes, ni halla otros con que combatir la lesion de estructura que admite en los tegidos, declara incurable el mal; y como los matices de éste sistema tienden al especificismo, por contar con escasos medios racionales, vienen á caer en un fatalismo harto perjudicial para el enfermo. Fatalismo que mata la práctica, por cuanto con él no se descubren otras vias, ni se buscan otros remedios, no se investiga el curso y encadenamiento de las diatesis para combatirlas oportunamente con enérgicos recursos, y no se aprecian las analogias de las que podrian sacarse útiles indicaciones, que con llenarlas se prolongarian los dias de los enfermos y se disminuirian sus sufrimientos, ya que no se les pudiera librar de la muerte.

Ni se crea que los defectos y vicios de la terapéutica organicista espuestos, son solamente asignables á la yatromecánica, á la quimi-atria y al órgano vitalismo, quedando el verdadero organicismo cubierto, puesto que admite enfermedades especiales y específicas; de modo que todo el arsenal terapéutico necesita para llenar las indicaciones emanadas de aquella teoría patológica. No, Señores, porque ó el organicismo, considerando cada enfermedad como una entidad específica independiente, vuelve á caer en el ontologismo y de consiguiente hácese su terapéutica de racional puramente empírica, ó bien va directamente al fisiologismo fundando su nosologia en las propiedades sanas de los tegidos que, accidentalmente alteradas, determinan todas las lesiones; y huyendo del especificismo á los sistemas dicotómicos, adopta la teoría de los gérmenes específicos esencialmente morbosos, naciendo de aqui ese fatal curso de los males para los que juzga tan impotente la ciencia como su arte, sinó se emplea una terapéutica de esterminio.

No tiene, pues, el organicismo para la terapéutica un

valor científico, puesto que es no capaz de sugerir el conocimiento de medio alguno útil para la curacion de las enfermedades, encerrándose en su infecundo empirismo.

No cabe ya dudar que las lógicas consecuencias del organicismo rigorosamente aplicadas á la terapéutica, son altamente perjudiciales; y que si este sistema no se convirtió de salvador en esterminio del género humano, débese á una feliz inconsecuencia, de que el práctico prudente y de buen criterio no puede librarse por mas que parezca estraño, no se sienta arrastrado á seguirle estrictamente en los primeros tiempos de su carrera seducido por la claridad y sencilléz de su dicotomia y lo atrevido de los gérmenes morbosos como causa de los males que afligen á nuestra especie.

Juzgando ahora lo que es el organicismo y comparándolo con la verdadera ciencia de la Medicina, diré, que necesariamente hay que rehusar su materia, negar á los fenómenos de su preferencia el derecho que les concede de absorver á los demás, devolver á la actividad sus usurpadas atribuciones, declarar ilegítima la ontológia elemental ó analítica que pretende establecer como origen y razon de la unidad ó de la síntesis, no concederle el análisis como fundamento de las cosas en sí, sinó como método de estudio y finalmente hay que rechazar su sustancia como razon universal.

Asi, aun cuando el sistema tenga indispensablemente que languidecer y morir víctima de su débil y encanijado origen, que no fué posible se robusteciese, la ciencia proseguirá animosa su carrera en la que no le fué señalado aun su término. Durante ella acogerá del organicismo sus investigaciones de física, química, anatomia normal, patológica y microscópica; sus métodos inorgánicos para apreciar los fenómenos vivientes en cuanto tienen de comun con todos los de la naturaleza; sus métodos esploratorios de percusion, auscultacion y medicion; su estadística y aspiraciones á la precision en lo calculable; sus esperimentos en animales y vivisecciones; sus aparatos ortopédicos; su ingeniosa y atrevida cirujia; sus análisis de la sangre y de todos los humores; su teoría de los antídotos; su toxicológia esperimental; sus mejoras en la materia médica, y todos

cuantos conocimientos útiles son debidos á esta doctrina, para que recogidos esos hechos y fuera del lugar en que el organicismo les coloca, haciéndoles subordinar á los principios en que cree poder basarse la verdadera ciencia, esta continue libre ya de ese esclusivismo que embaraza su desarrollo sucesivo.

III.

Del mismo modo que frente al materialismo filosófico estuvo siempre el espiritualismo, asi las doctrinas organicistas fueron con las vitalistas los dos sistemas estremos que por mas tiempo, segun el predominio de cada cual, se disputaron el campo de la Medicina.

El vitalismo, tanto en el órden lógico como en el real y verdadero del ser, admite el dinanismo vital en primer término y los órganos considerados como instrumentos ó agregados materiales de aquel principio, secundariamente. Es para sus partidarios la vida esencial y primitiva, creadora é independiente, tomándola, por tanto, como cosa en sí.

Si bien ya desde Pitágoras y Platon se pudiera estudiar el vitalismo, con lo que veriamos hubo en Hippócrates alguna tendencia á ese sistema, conviene examinarlo desde la época en que comenzó á tener formas precisas, y para ello se requiere venir á la época de Barthez.

Cree este que el principio vital en el hombre se halla intimamente unido con los órganos y sus funciones con las propias del alma. Considera necesario para comprender mejor las fuerzas de ese mismo principio, se haga abstraccion de las afecciones del alma pensadora y de las del cuerpo puramente organizado. Vacila al considerar ese mismo principio vital como una sustancia ó puramente un modo del cuerpo vivo. Juzga ser tan posible que una facultad vital dotada de fuerzas motrices y sensitivas apta para determinar los movimientos indispensables en la vida del ser resulte del modo como se halla combinada la materia que constituye cada cuerpo animal, como que agregado á esa misma materia exista un principio de vida subsistente por sí y que difiere en el hombre de su alma pensadora.

Como puede comprenderse de esta somera esposicion,

aunque Barthez fluctua en esta parte fundamental de su doctrina, parece se inclina mas que á otra cosa, á admitir un principio vital existente por si mismo.

Ahora bien, si de ese vitalismo proclamado tanto tiempo ha, venimos al que distingue la escuela de Montpeller y cuya doctrina en la época moderna representa Mr. Lordat, hallamos, Señores, que para él no es el hombre otra cosa que un agregado orgánico dispuesto á la manera de instrumentos en los que no se origina la fuerza vital, sinó que esta fuerza unitaria, plástica y creadora de la misma materia le viene de sus progenitores puesto que ya existe en el estado amorfo: ella es la que tiene como efecto la organizacion y se halla por una union hipostática enlazada con el alma pensadora, sustancial, dotada de causas finales y que determina todos los fenómenos de la vida intelectual.

Este vitalismo que concibe todos los fenómenos que caracterizan al hombre vivo dependientes de dos principios inmateriales, de dos causas metafísicas, una de ellas para la inteligencia y la otra para la vida, se apoya en la filosofia Baconiana; y por una induccion amplificada, alli donde ve efectos admite causas, que con el mismo Bacon, llama esperimentales, á diferencia de otro vitalismo, el de Sthal, verdadero animismo que tomando de la filosofia de Descartes la idea de la unidad sustancial, hace depender todos los fenómenos orgánicos de un principio inmaterial único.

El vitalismo cual acabamos de bosquejar es tan ontológico en el principio esclusivo que proclama, como lo es en su origen filosófico, puesto que su fundamento está en la necesidad de reconocer los seres en si, la sustancia, el ser absoluto: caractéres todos que la inteligencia humana no es capaz de comprender, por mas que pueda tener fé en ellos.

El carácter esclusivo y parcial de los fundamentos de este sistema, los hace erróneos; y siéndolo aquellos, no puede dejar de ser vicioso en su desarrollo y aplicaciones.

Para él como la vida es un ser, una causa especial diferente de cualquier otra, única como causa y multiplicados todos sus efectos, como á esa fuerza ó principio vital concede el valor de un ser preexistente que organiza y gobierna la organizacion, por eso cuando define lo que es la vida supone ser únicamente una fuerza servida por instrumen-

tos, como el hombre es una inteligencia servida por órganos. Son erróneos, pues, los principios del vitalismo ontológico, porque á la actividad, que comprende como síntesis fenomenal una parte de todos los conocimientos, le da el valor de una síntesis total desconocida, siendo asi que en esa actividad no pueden comprobarse otros hechos que meras relaciones; lo es porque de los fenómenos causales propios del mundo organizado, hace seres que causan; porque coloca los fenómenos de actividad primero que los de estension, y en esto prescinde de lo que la esperiencia y la lógica enseñan, puesto que nunca la actividad se observa sinó en los cuerpos, ni las condiciones de tiempo, espacio, estension y actividad son coetaneas, sinó que constituyen ideas *á priori* del entendimiento; son erróneos, porque el principio vital, ó sea la unidad del vitalismo ontológico oculta otra unidad de órden superior que bien puede llamarse principio del universo; y por fin lo son porque ese mismo principio vital reduce á la simple condicion de efectos otras leyes fenomenales, que aun cuando sean menos comprensivas que la ley del principio vital, pertenecen por la analogia de su carácter, á un órden que es tan relativo como el de la unidad vital.

Patentizado el vicio y estension de que adolecen los principios fundamentales adoptados por el vitalismo ontológico, es indispensable, cual lo hemos hecho con el organicismo, que examinemos las consecuencias fisiológicas, patológicas y terapéuticas de esta doctrina.

Toda la ciencia fisiológica del vitalismo, sean uno ó mas los principios que adopte, consiste mas, que en el estudio de fenómenos aislados, en el de leyes constantes. Como las funciones no pueden depender de la estructura material de los órganos, puesto que ellos son un producto de ese principio vital, él es el que las determina; y siendo sumamente variadas, aun cuando la causa que las determina fuese única, tuvo necesidad de comprender en dicho principio vital diferente número de agentes intermedios que denomina como otras tantas fuerzas dependientes de la causa que anima el organismo, y considera como verdaderos atributos suyos. De estos hay unos que producen efectos actuales, y otros que los han de producir pasado algun tiem-

po: á los primeros los ve como fuerzas activas, y á los segundos como fuerzas tambien, pero radicales.

Por no prescindir de la lógica de sus principios, cree el vitalismo ontológico, que hay para ciertos aparatos y órganos distantes entre si un subalterno, «permitaseme la frase» del principio vital, que mantiene la misma unidad con que aquel preside todos los actos de la economia, resultando de ahi la variedad de simpatias y sinergias que entre los mismos órganos para él existen.

Mas todos esos coadyuvantes del principio vital que deben ser de su misma naturaleza, esas diferentes fuerzas vitales, en una palabra, son fragmentos de aquella entidad reconocida como la única causa de cuantos fenómenos caracterizan á la organizacion y á la vida: vienen á ser partes de un principio que los partidarios de esta doctrina deben admitir como único inalterable é indivisible, pues si estuviese compuesto de elementos, debia ser dicho principio vital tan apreciable por nuestros sentidos como lo son los demas seres que constan de partes.

He ahi como el dar por conocido un principio que es causa primera, conduce tambien su fisiológia indispensablemente al error, toda vez que para tales investigaciones carecemos de medios.

Esta manera de considerar las funciones de la economia viviente presididas por el principio vital en su origen é inmediatamente por fuerzas y facultades, favorece, es cierto, los estudios generales utilizando de ese modo hechos determinados que otras doctrinas han inquirido, y de los cuales deducen las causas primeras; pero en cambio la fisiológia vitalista, desdeña los esperimentos, olvida por aquellas elevadas teorías que sienta siempre con el objeto de deducir los efèctos de la causa que supone todos los hechos que son su verdadero apoyo. Asi es, que para el vitalismo no respira el pulmon, ni digiere el tubo digestivo con todas sus dependencias, y lo mismo todos los demás aparatos; sinó que el principio vital mediante sus facultades generales, es quien desempeña dichos actos; y las acciones orgánicas quedan reducidas á la manifestacion de las fuerzas actuales y radicales del principio vital.

Error tambien gravísimo, puesto que la respiracion, la

circulacion y asi los demás, son fenómenos, manifestaciones ó relaciones conocidas, si; pero unidas necesariamente á otra entidad desconocida é inconoscible. Son fenómenos que tienen primitivamente sus leyes generales coetáneas y del mismo valor, tales entre otras vienen á ser aquellas las de unidad, diversidad, estension etc.; por lo mismo no hay ningun derecho para preferir cualquiera de ellas á las demás, ni lo hay tampoco para asignarles á todas ellas reunidas un valor ontológico que no tienen.

He ahi, Señores, que daño produce el vitalismo á la ciencia llevando su sintesias á donde debia alcanzar el análisis: introduciendo en el campo de la fisiológia, por un riguroso espíritu de sistema, categorias que no existen y es un absurdo el suponer, puesto que ni la unidad puede hacerse superior á la multiplicidad, ni lo particular á lo general. Se halla, por tanto muy lejos esta doctrina de poseer los elementos bastantes para cumplir las justas aspiraciones de la fisiológia.

Ahora veamos como el vitalismo razonà en patológia. Distinguir el principio vital de las condiciones anatómicas y el dinamismo de la instrumentacion orgánica, es una escuela de suponer á la vida antes que los órganos, á aquella como causa y á estos como su efecto.

Lo que èn estado normal es causa primera y agente esencial de la economia, tambien es el primer resorte que se altera originando asi la enfermedad; y aun cuando pudiera parecer que los órganos se afectan por influencias mecánicas, que ninguna relacion tienen con el principio vital, eso que otros en análogo caso llamarian enfermedad, para el vitalismo no es verdaderamente sinó un vicio.

El no admite mas que enfermedades reactivas, afectivas y diatesicas. Las primeras consistentes en alteraciones producidas inmediatamente por los modificadores esternos, sin que exista antes en el organismo ningun gérmen morboso; las afectivas, en trastornos que preparados de antemano por una causa, dispone lentamente la economia y se presenta el padecimiento, al parecer, de un modo súbito despues que otra nueva causa morbosa lo determina; y por fin las diatesicas que dependen de un modo especial originario en el principio vital, que ó bien por herencia,

ó por una disposicion congénita inesplicable, encierra el gérmen de estados patológicos que sucesivamente deberán aparecer.

Con esas consideraciones generales el vitalismo hace observaciones tan ricas en hechos que aplicables á diversas enfermedades, dan á la ciencia un compuesto de principios que no le proporciona el sistema organicista. Y aun cuando éste con su prólija nomenclatura hace los esfuerzos posibles por reparar aquella falta, en verdad, que dista mucho del vitalismo, y tanto que esta última doctrina debe considerarse, bajo tal respecto, como uno de los polos en que gira la verdadera Medicina.

Por lo mismo no debe sorprendernos que la patológia vitalista se esfuerce en inquirir todas cuantas alteraciones puedan trastornar su principio vital: en investigar los caractéres y curso de estas mismas alteraciones, para poder formar su historia completa: en relacionar esas mismas alteraciones las unas con las otras segun la manera como se suceden é influyen mutuamente; y por último en formar, partiendo de la idea sintética que concibe como fundamental, una nosologia científica, un verdadero cuadro de los males que aquejan á nuestra especie, y en el que aparezcan todas las dolencias dispuestas, por sus analogias, en grupos caracterizados por todos los signos que contribuyan á formar los verdaderos juicios diagnóstico y pronóstico.

Conocido ya el programa de la patológia vitalista ¿podremos decir que hubiese formado esa nosologia capaz de contener entre sus principios generales todas las enfermedades? Desgraciadamente el esclusivismo sistemático nos priva de poseer tratados de patológia especial vitalista, y aun cuando esta doctrina se eleva con sus nociones generales á estudios minuciosos, como esas regiones se hallan vedadas para el entendimiento humano, ningun resultado beneficioso nos dá. asi es que puede decirse hay en su patológia los vicios que caracterizan la filosofia en que el vitalismo se funda. Si, Señores, la razon rechaza su síntesis fundamental, primero por incompleta, segundo por carecer de contenido, y tercero por no tener el valor ontológico que se le concede.

Demostrar la verdad de estas tres afirmaciones es poner

en evidencia los defectos de la patológia vitalista; y por lo mismo se hace necesario este exámen.

Subordinando el vitalismo los órganos de la vida, dá como real y demostrado lo que solamente es imaginario é hipotético; y consiguiente en sus principios al ocuparse de las enfermedades, priva á éstas de las lesiones anatómicas que en su patológia están eu un lugar muy secundario. Despojadas las afecciones de ese elemento, faltándoles ese color local que las individualiza y distingue, se presentan dispuestas sin orden ni vínculos naturales que las relacionen; y en vano desde su sintesis fundamental intentará descender á todas las enfermedades individuales, porque para conseguirlo, seria necesario que partiese de un principio capaz de comprender sintéticamente y con el mismo órden que la naturaleza los presenta, todos los datos analíticos, tanto dinamicos, como materiales; y asi los relativos á la unidad morbosa como á la diversidad que la esperiencia enseña. Seria necesario que allí donde se dice principio vital, se le llamase organismo, y donde facultad y fuerza vital, se digese funcion ó acto determinado del organismo; pero cuidando siempre no dar á las espresiones organismo, funcion ó acto orgánico mas valor que el de fórmulas necesarias para espresar ciertas series de relaciones observadas sin pretension ontológica y agenas al carácter de un principio absoluto.

El vitalismo en el asiento de los males, no fija la atencion con que investiga su naturaleza, y como tan solo secundariamente atiende á los órganos, por eso es que hace perder de vista el verdadero enemigo á quien debe combatirse, y consume asi con fantasmas que su imaginacion le presenta fuerzas preciosísimas.

De ahi igualmente el que deje de prestar á un órgano enfermo recursos prontos, sencillos y quizá mecánicos, suficientes muchas veces para restituirle á su estado normal. Y no cabe, para justificarse de tal proceder, alegar que existen trastornos puramente dinamicos, lo mismo que esclusivamente orgánicos, porque para ser causa cualquiera entidad dinamica, se necesita que estén en algun punto y que tenga cualquiera condicion anatómica, sin eso no es mas que una abstraccion del entendimiento que la concibe

puesto que no puede haber actividad sin estension.

Indudablemente, pues, la subordinacion establecida por el vitalismo ontológico entre las facultades vitales y los órganos, carece de realidad; es una hipotesis elevada á la consideracion de hecho y que se halla en contradicion con cuanto la esperiencia comprueba, asi como lo está con todos los datos que esa misma y la razon nos suministran. Luego la sintesis fundamental del vitalismo, es incompleta.

Digo tambien que esa misma sintesis patológica carece de contenido. Para que cualquier sintesis no esté vacía, se requiere que su unidad comprenda actualmente, en el pensamiento que la concibe, toda la diversidad á que se refiere. Sin eso no es unidad, no es mas que la nada.

Aplicando ahora ese hecho á la sintesis del vitalismo, diré: que al hablar de un principio vital ó de un elemento morboso, é incluyendo en esa clave una serie determinada de fenómenos, no debe prescindirse de estos, antes bien es necesario se les dé la misma importancia que á la unidad que los enlaza como sus partes, toda vez que partes y todo son cosas correlativas, y el uno vale tanto como las otras.

No debe tampoco confundirse la relacion de unidad ó multiplicidad con la de causa á efecto, porque de ese modo convertida la unidad en causa, unicamente en ella nos fijamos y prescindimos de la multiplicidad como efecto, y con eso la misma unidad que se intenta realzar aparece sin base, en el vacio.

¿Qué hace, pues, el vitalismo? Con el esclusivo valor que dá al principio vital proclamado como unidad, se aparta del estudio de los pormenores; y si el buen sentido le obliga á dejar de admitir una sola causa para los multiplicados efectos que se observan en el organismo, es entonces, cuando contradiciéndose, hace jugar un importante papel á sus elementos morbosos, á ese reducido número de causas generales y alteraciones vitales que son la base de su patológia. Ellos son los que encierran, para él, la razon de las enfermedades y los que deben tenerse unicamente en cuenta, toda vez que las demás circunstancias especiales del estado morboso las juzga accesorias. De ahi el que resulte perdida la misma unidad erigida en base de sistema: reducidas las enfermedades á agregados de ele-

mentos, y sin ningun valor todas las condiciones particulares, consideradas algunas de ellas sin importancia, cuando es que quizá la tienen preferente.

Por fin el vitalismo dá á sus causas morbosas un valor ontológico que no tiene.

Si el principio vital, como pretende este sistema, fuese en realidad un ser independiente y estraño á la organizacion, no podria originar mas que enfermedades reactivas, segun su propia nomenclatura. Como principio de órden y de vida es contradictorio concebirle capaz de causar la enfermedad y la muerte. Por eso es que el vitalismo, entendido por la lógica de sus principios, considera las dolencias como reacciones de la naturaleza y no permite intervenir en ellas sino es para remover los obstáculos que entorpecen su curso natural.

En un sistema como este todas las causas morbosas son esternas, y el arte llena su cometido con separarlas.

Aun cuando siguiendo mas bien que lo que la esperiencia demuestra por no contradecirse, admita la doctrina vitalista enfermedades afectivas y diatesicas y las refiera á las facultades del principio vital, consideradas como simples y unicamente susceptible de aumento y disminucion, estableciendo tal dicotomia como la base de la patológia y terapéutica, con ella reduce el arte á muy mezquinas proporciones.

Convertido el principio fundamental del sistema médico que examinamos en un ser ó entidad independiente, falto de estension y de partes por su naturaleza metafísica, que no obstante concebirlo inmóvil, absoluto é inalterable, ha de ser origen del movimiento de la variedad, de las relaciones y de los cambios materiales y dinámicos, hay en ello dificultades tan insuperables y contradiciones tan evidentes, que forzoso es manifestar lo erróneo que es fundar una doctrina sólida sobre un principio de tal naturaleza y sugeto á una variable série de modificaciones en lo que tiene de constante é inmutable.

¿Qué es su terapéutica?

Como queda demostrado, el espíritu del vitalismo ontológico propende á referir todo lo vital á un principio único, metafísico é inaccesible para las influencias del mundo ma-

terial; pues bien, de ese principio es del que lógicamente espera la salud cuando se perturba; y su accion se limita á remover las condiciones esteriores que puedan contrariar las espontáneas manifestaciones de la vida, las tendencias saludables de la naturaleza, eso que él mismo llama fuerza medicatriz. Es por lo mismo este sistema esencialmente espectante en oposicion al organicismo que es activo, y del mismo modo que el bello ideal de aquel lleva su práctica á un absoluto quietismo, el de este le impele á intervenir con limitadísima energia.

Mas en lo esclusivo de ambas exigencias está el error; cuyos males no pueden calcularse, si bien con esa fria espectacion que hace perder un tiempo preciosísimo se espera con inturbable calma muchas veces la muerte; del mismo modo que la exagerada actividad de los planes curativos lleva con audacia reprensible el desórden y el trastorno, siendo asi que solo con el órden y con el método puede regularizarse lo desconcertado.

Necesario se hace, por tanto, que el sensato práctico de entrambos sistemas elija prudentes medios, aquellos que la razon y la esperiencia aconsejan, y que no se deje llevar nunca del esclusivo afán en secundar el bello ideal de cualquiera de tan encontradas doctrinas.

Ahora bien, si no cabe dudar de esa necesidad que los hechos corroboran diariamente, lógico es afirmar tambien que el espíritu del vitalismo ontológico, único que hasta ahora reinó en la Medicina, no conduce á los fines de la terapéutica, ni es el que debe seguirse para llevarla á la posible perfeccion, puesto que todo sistema en que una ciencia se apoya, si necesita del buen sentido para moderar sus naturales impulsos, no es ni puede ser su base, porque carece de la luz que debe guiarle al querer comprobar la verdad como su mas legítima aspiracion. Verdad, que sepultada, al derribarse todo el edificio científico falto de cimientos, queda cubierta por los escombros del error, á quien solamente el recto juicio de la única ciencia posible es dado remover.

Examinada, ya que no fuese sinó á grandes rasgos, la doctrina vitalista, no pudo menos de aparecer tan imperfecta en su elemento filosófico como en sus aplicaciones á la

fisiológia, patológia y terapéutica.

Queda probado, que el dar á la vida un carácter de causa primera; concebir por induccion esperimental un principio dotado de existencia propia superior y anterior á la que tienen la estructura y los actos de los órganos, considerados como efectos de aquel, es una quimera.

Lo absoluto es para el entendimiento humano completamente desconocido; y todo lo que el comprende ó es relativo ó parte de relativo. El vitalismo ontológico se fija en la unidad del organismo, y esa no es mas que parte de lo relativo. Comprendida esa unidad en otra mas estensa, cual lo es la representacion del universo, no puede existir sinó con relacion á las partes. Darla, pues, como unidad absoluta, es introducir una confusion tal, que desnaturaliza el concepto de lo absoluto, convirtiéndole en relativo; pero no en todo lo que es relativo, sinó en el punto de vista abstracto, que se refiere á la unidad de una determinada síntesis.

Para la fisiológia especialmente esperimental es el vitalismo una rémora en sus adelantos porque se limita á estudiar las relaciones de los fenómenos de la vida; pero aun en esto partiendo del concepto, siempre equivocado, de considerar la unidad fundamental como un ser á quien asigna una importancia ontológica, que está muy lejos de tener, y haciéndole comprender virtualmente toda la variedad que considera como accidental.

En patológia solo se ocupa de generalidades, suponiendo que tambien son entidades reales, y haciendo de los pormenores unos dependientes suyos.

Por fin en terapéutica el vitalismo ó precisado por el rigor de su doctrina, se limita á ser espectante, ó bien revelándose contra la fuerza de sus mismos principios, lacsa el rigor de la teoría, afecta las exigencias de muy diferentes sistemas, é importando con algunas verdades de estos tambien sus errores, establece un vasto eclecticismo.

Si espuesto ya cuanto se refiere á este sistema, comparamos sus ventajas y perjuicios para la ciencia con las que el organicismo le proporcionó, debemos confesar que, el vitalismo, con sus generalizaciones, supo útilizar las mas nobles tendencias del entendimiento humano; y mientras

el organicismo ensanchaba la base de la ciencia, el vitalismo procuraba elevarla á mayor altura. Preocupado cada uno con su objeto especial olvida el bello ideal del otro. Convencidos ambos de que la verdad debe ser única y esclusiva, al conceptuarse cada cual poseedor de ella, esto les dá como á injustos y enconados enemigos la mas exagerada intolerancia. Sin embargo tan opuestos sistemas nacieron de aquel mismo esclusivismo que impidió los progresos de la ciencia.

III.

Demostrado queda que ni el organicismo, ni el vitalismo ontológico son la espresion exacta de la ciencia médica, porque ambos nos alejan de poseer la verdad relativa, única apreciable para la Medicina, como ciencia de los hechos.

Debiendo proscribirse por los errores á que conducen sus absolutas conclusiones ¿cabrá pensar que recogiendo las verdades que uno y otro encierran, y procurando con el eclecticismo armonizar aquellos dos sistemas, se obtiene la buena direccion de nuestros estudios? Para resolver este problema que encierra la necesidad de juzgarle, es necesario procedamos con el eclecticismo del mismo modo que hemos justipreciado lo que valen para la ciencia el organicismo y el vitalismo ontológico.

Si el eclecticismo, ese término medio entre dos estremos que se rechazan, pudo haberse grangeado en todos tiempos un buen número de prosélitos, dignos en su mayor parte de respeto, débese mas á la seductora doctrina con que pretende hacerse necesario á la Medicina, que no á la verdad que encierra.

Veamos ante todo donde tuvo su cuna ese sistema sin fórmula que le signifique.

Cuando con un conjunto de conocimientos dados, dicen los eclécticos, se lisongea el hombre de haber descubierto las primeras leyes de donde las demás emanan, plantea el problema de la verdad absoluta y proclama á la vez como fundamental y absoluta tambien una parte de aque-

llo que ha sido objeto de su exámen. De la divergencia habida entre los que asi la consideran y los que la niegan, nacieron sectas filosóficas tan opuestas, que combatiéndose rudamente sin poderse aniquilar, hacen comprender que ninguna de ellas es esclusivamente verdadera. Antes bien todos encierran errores con verdades indisputables, estando la dificultad en hallar el resorte para depurar estas de aquellos.

Aun hay mas: para fundar la necesidad del eclecticismo añaden sus adeptos «la verdad es cual un prisma de diferentes lados, á través del que cada sistema la vé por uno solo y la niega por los demás» ¿qué necesitamos, pues, para salir de tal confusion? añaden. «Qué abracemos de todos sus afirmaciones y rechacemos sus negaciones. Con eso conseguirémos la solucion de todas las dificultades y la conciliacion de sus estremos. Medio tan racional, que con él se logra la acertada eleccion de un término prudente, y sirve de regla precisa y exacta si se aplica á los estudios médicos, debe ser proclamado como el mas útil para la Medicina y el único hábil para elevarla al rango que desde su origen le tiene deparado su importante objeto.»

Si á primera vista pocas doctrinas hay que puedan, cual la que examinamos, halagar tanto el entendimiento ávido por poseer la verdad donde quiera que se encuentre, tambien lo es que con esa buena fé que ostenta, y sin que señale donde se halla esa verdad, cual es esa evidencia á que apela, que criterio filosófico es el suyo, somos conducidos al error y unnca á la verdad que pretende descubrir acogiendo solo las afirmaciones de dos sistemas antagonistas.

No es suficiente eso, Señores, porque cuanto afirman dos opuestas doctrinas envuelven cosas contradictorias entre si. Tan lógicas son sus afirmaciones como sus negaciones. El eclecticismo, pues, estableciendo á la vez que la unidad es causa absoluta y la multiplicidad tambien, no medita que se queda sin efecto. Asi como desconoce que si lo considera todo como absoluto y necesario, para él deja de haber relativo, contingente y accidental. De modo que, proponiéndose esclusivamente afirmar, nos hallamos con que niega mas que ningun sistema.

La independencia de los diferentes principios absolutos,

opone invencibles obstáculos á la esplicacion de los fenómenos, cuando todo aparece inseparablemente relacionado. Proclamando el idealismo la unidad como absoluta, y el materialismo la diversidad, siguen viciosamente una ley del entendimiento, á merced de la cual ven cierto órden de cosas como causas y el opuesto como efectos. Asi es la manera de determinar lo absoluto y lo variable. Esto es justamente lo que el eclecticismo no hace al admitir lo uno, y desechar, como erróneo, lo otro. Por eso aceptando los principios de sistemas incompatibles, se va necesariamente á uno de dos estremos, ó á el sincretismo, ó la unidad de sustancia; y con eso se acoge á uno de los sistemas que queria evitar.

Véase, pues, que el eclecticismo ha intentado erigirse careciendo de base; y sin esta, forzoso es asegurar, que no puede existir como nos lo confirmará el ligero exámen que hagamos de sus aplicaciones á la fisiológia, patológia, y terapéutica.

El eclecticismo en fisiológia es una conciliacion del organicismo y vitalismo ontológico. Sin conceder esclusivamente que las funciones dependan de la estructura y viceversa, incluye entre las causas un substractum material y otro dinámico. Cree formado el organismo de fuerzas y de órganos; estos de sólidos y líquidos. Con eso las fuerzas, los sólidos y los líquidos forman su trípode vital, y de su conveniente accion resulta la vida y la salud, cual por este medio esplica todos los fenómenos de la existencia orgánica.

Determinados hechos, puramente dinámicos, los que proceden de la actividad nerviosa en sus variadas manifestaciones, los refiere el eclecticismo á un agente inmaterial, desconocido en la esencia; pero apreciable por los efectos que determina.

Admite igualmente la intervencion de los sólidos y humores, que componen parte de la organizacion para el mecanismo de las funciones, contribuyendo en gran parte al desarrollo y conservacion del individuo.

Del mismo modo refiere un considerable número de efectos independientes de todo lo material al propio agente actuando por un impulso interior espontáneo é inmaterial, agente é impulso que con las disposiciones de los ór-

ganos interviene en la produccion de todos los actos propios de la vida.

Ahora bien, una economia que se concibe compuesta de sólidos líquidos y fuerzas considerados en conjunto como los agentes y causas de los órganos y funciones, carece de unidad primitiva y espontánea, y esto, á la verdad, es lo que imprime á las funciones vitales su mas relevante carácter.

Donde quiera que del eclecticismo se intente apreciar lo que es la vida, se la hallará siempre como un compuesto de aquellos tres elementos y representada bajo el concepto de unidad como un producto de ellos; siendo asi que la razon y la esperiencia nos la ofrece como un simple y un compuesto simultáneos. Si aun despues de ese razonamiento quisieran los eclécticos decirnos que lo simple se halla en la conciliacion de los tres componentes, para esto seria indispensable que designasen con un nombre dado ese principio simple llámesele átomo ó dinamismo. Con lo que ellos mismos vendrian á inscribirse en uno de los dos sistemas de que pretenden alejarse.

Intentar, pues, su conciliacion no viene á ser mas que la vehemente aspiracion de un fin que no hay medio para lograrlo.

Hecha aplicacion de esta doctrina á la fisiológia, es evidente la arbitrariedad con que quiere clasificar los agentes de la vida en dinámicos y materiales, y estos en sólidos y líquidos. Digo que tal suposicion no pasa de ser una vaguedad, porque generalmente hablando no hay fenómeno ninguno en el organismo puramente material ni esclusivamente dinámico: todos ofreçen ambos caractéres, como requieren condiciones anatómicas y dinámicas para que se efectuen.

En resúmen, para el eclecticismo en fisiológia la organizacion material y las fuerzas inmateriales son las únicas causas materiales de la vida.

Si los sistemas que desea armonizar establecen en la economia una entidad ontológica, el eclecticismo supera á todos en este vicio, porque admite varias independientes é incompatibles. Asi es que reune los inconvenientes de aquellos, y ni aun siquiera como ellos puede ofrecer una solu-

cion aparente del problema fundamental que la fisiológia encierra.

El eclecticismo solo sirve en la práctica para esplicar algunos hechos recogidos por el método esperimental; y como la variedad es el carácter de ellos, por eso el sistema que analizamos ni puede tener reglas fijas, ni menos proporcionarlas cuando su objeto se encamina al estudio de la Medicina.

Aun cuando sus partidarios debieran comprender que la union del vitalismo ontológico, para quien sobra la organizacion, con el organicismo, que en lo mismo tiene la fuerza vital, es una contradicion, y que nada se conserva, queriendo aprovecharlo todo, esto no obstante es el sistema adoptado de hecho en la práctica de todos los tiempos.

¿De qué procede eso? De que los sistemas esclusivos cuando se llevan á sus últimas consecuencias, no pueden sostenerse en el terreno práctico. En él es mas fácil esplicar hechos contradiciéndose, que conformarse con el rigor de algunas fórmulas teóricas rechazadas por la esperiencia. Ellas han influido mas ó menos en los procedimientos científicos, y al tocar determinados puntos se creyó mas prudente obrar en conformidad de las leyes emanadas de la esperiencia; procediendo asi empiricamente, que no continuar asidas al rigor de los principios, en que filosóficamente se apoyan. Tal es la parte que el mayor número de ellos tomó en la práctica de la Medicina.

Esa misma conducta, que es la escepcion de los sistemas esclusivos, sirve de regla para el eclecticismo. Por eso, ó bien este se convierte en uno de los sistemas opuestos que pretende conciliar, ó bien queda reducido al empirismo puro.

El eclecticismo por su espíritu de fusion intenta constituir la fisiológia y la terapéutica reuniendo todo lo que encierran de positivo los demás sistemas. Pero en esto como en su aspiracion fundamental hay la irreparable falta de que, el eclecticismo carece de una fórmula que le sirva de base y pueda establecer su criterio, como el único medio para reconocer lo verdadero de lo falso, y poder, sin temor de incurrir en palmarios errores, optar por lo primero y desechar lo que crea indispensable.

Las entidades materiales, especialmente las que son del dominio de la anatomia patológica, lo mismo que las inmateriales, entran en su patológia; y tanto los fenómenos físicos como los químicos y vitales, lo mismo que los hechos morbosos convertidos en entidades independientes, todas siguiendo en esto las huellas de un especifismo puro, todas juegan en sus tratados de enfermedades. Por eso en las nosologias eclécticas hay una mezcla desordenada de enfermedades puramente vitales, lesiones anatómicas, alteraciones físicas y químicas, afecciones irritativas é inflamatorias dependientes del mas ó el menos de las propiedades vitales, asi como entre todas estas se ven figurar las enfermedades específicas. Concluyendo con declarar la doctrina que estudiamos, que una misma enfermedad en uno de sus períodos puede reunir simultáneamente, como otros tantos elementos, todas esas diversas lesiones, ó presentarlas durante su curso.

Mas las afecciones concebidas con tal variedad de lesiones no son otra cosa que entes de razon, puesto que sostener la existencia de una alteracion esclusiva en los sólidos, en los líquidos ó en el principio vital, equivale á reconocer en el campo de la fisiológia esos órdenes de causas aisladamente, como otros tantos seres existentes por sí mismo. Y aun cuando algunas veces parezca que el organismo solo se afecta en uno de los fenómenos que le caracterizan, no cabe decir que aisladamente se altere cada grupo de aquellos en que la organizacion los ofrece, sinó el afirmar que la economia entera, como reunion ó conjunto de los fenómenos, sufre una alteracion en aquellos que pertenecen á una ú otra série, variando en alguna de sus partes, pero conservando siempre la unidad y armonia del todo que constituyen.

El organismo no encierra, como entidades independientes, ni el principio vital ni los órganos; es una reunion de fenómenos desconocidos en su esencia: y eso es todo cuanto la razon humana puede comprender. Admitir, por tanto enfermedades á las que la entidad dinámica y la material imprima su propia naturaleza, es Señores, sentar un error cuyas consecuencias fácil es preveer.

Si, pues, las nosologias organicista y vitalista basadas

en tan gratuitas suposiciones no pudieron, como hemos demostrado, quedar subsistentes, mucho menos lo quedará la ecléctica que reune cuanto aquellas tienen de impotente.

Como el eclecticismo, vé en las enfermedades afectarse sucesivamente cuantos elementos admite como componentes del organismo, viniendo á constituirse las alteraciones de esos mismos elementos en la suma de otros tantos estados patológicos parciales: como en la sucesion de ciertos fenómenos vitales y orgánicos vé la necesidad de referir unos síntomas á la lesion del principio inmaterial, y otros al trastorno de los sólidos y líquidos, ó á la introduccion ó produccion en la economia de gérmenes morbosos, he ahi bien patente que el eclecticismo en patológia reune la suma de las ontológias que intentó hacer desapareciesen del terreno de la ciencia con los sistemas organicista, vitalista y especialista que las representan. Y he ahi comprobado tambien el que si esas suposiciones forjadas por los sistemas esclusivos, aisladas deben desecharse, con mas razon reunidas, puesto que al fin todas ellas no vienen á ser para la ciencia otra cosa mas que una suma de errores, y con estos está muy lejos se pueda formar nunca una verdad.

Asi pues no cabe ver la enfermedad, como una alteracion esclusiva del principio vital en cualquiera de los períodos que aquella tenga, y suponer que en otros se localíza ó complica con trastornos materiales. Del mismo modo que no es exacto admitir esas otras afecciones esencialmente anatómicas, ó primitivamente locales y suponer luego que las mismas se generalizan trastornando el principio vital, esas distinciones son erróneas é inadmisibles, porque no se hacen por esa apreciacion fenomenal, sinó ontológica.

Cualquiera enfermedad como funcion del organismo puede ser á la vez general y local, participando mas del primero que del segundo carácter y vice-versa, segun que, puramente nacida del organismo, tiene un sello tal de espontaneidad que cualquiera de las diversas causas esteriores pueden determinarla, y es local si aparece parcialmente y es debida á determinados agentes; pero aun en este caso sin dejar de hallarse en relacion con el todo que el organismo constituye.

Reconocido ya que las enfermedades no son otra cosa mas que funciones anormales de la vida, diferentes de las normales por el aspecto que ofrecen las relaciones constitutivas del individuo, segun se las considera en su conjunto ó síntesis para las enfermedades generales, y en cada una de esas mismas relaciones bajo el concepto analítico para las locales, es admitir alternativamente afecciones generales, locales anímicas y anatómicas, el obstinarse en considerar el lado sintético aparte de los elementos analíticos, suponiendo que aquel y estos se alteran aisladamente y se influyen durante su curso.

Si con tal manera de considerar los males, el eclecticismo toca algun obstáculo que le impide disponerlos de un modo general ó local, entonces para salir del compromiso, dá cabida á variedad de elementos que conceptúa como otros tantos séres distintos, y con eso quita al organismo el carácter de unidad que en alto grado posee, y asigna particularmente á cada una de esas entidades independientes cuantos atributos caracterizan la unidad fenomenal.

En terapéutica el eclecticismo, como carece de reglas generales y precisas y juzga que las demás doctrinas encierran con algunas verdades errores que deben desecharse, para reunir aquellas, engendra la duda y la vacilacion que conducen el práctico ó al escepticismo ó al empirismo. Cada cual queda reducido á sus propios recursos, y del mismo modo que no reconoce la autoridad de los demás, ni tiene medio para que la suya prevalezca, puesto que el criterio que le sirve de norma es individual, de ahi nace el caos; en él la ciencia sin norte queda olvidada, y todas cuantas nociones podian contribuir á enriquecerle, sin enlace. En tan deplorable situacion ocupa el charlatanismo un lugar que no puede pertenecerle, puesto que él camina á ciegas por un terreno tan movedizo que, ó le lleva al quietismo, ó se echa en brazos del primero que le presta apoyo en una esclusiva idea; y con esto se redobla el orgullo del sistema médico que le proporciona su último asilo.

Véase como el intento de conciliar dos principios que se rechazan y que solo existen en el campo de la lid, á condicion de ser únicos, es una vana pretension, y aun la

es mas exagerada, el querer someter las apreciaciones fisiológicas, patológicas y terapéuticas á aquel sistema que mejor le cuadra. Con eso se pone en evidencia la falta de todo fundamento y de principios fijos, introduciendo asi la vacilacion y la duda en la ciencia, ó encaminando esta á un empirismo ilustrado, ó dejándola olvidada por un escepticismo puro.

Mas si bien el eclecticismo, cual acaba de bosquejarse, no puede ser el seguro guia para los estudios médicos, puesto que su único criterio es el juicio de cada uno, en cambio forzoso es decir que presta utilidad á la Medicina, si se limita á mantener con la proteccion de los principios básicos de la ciencia, la práctica sancionada por la autoridad, incólume de las exageradas reformas con que el espíritu de los sistemas intenta desquiciarla, y si hace que estos no puedan llegar á sus últimas consecuencias, con lo que si el eclecticismo no puede ser para los progresos de aquellos su fiel director, es al menos un guarda que impide no se le interpongan á su magestuoso paso los turbulentos movimientos que distinguen á las doctrinas sistemáticas.

IV.

El empirismo tuvo origen al proponer como mas ventajoso, prescindir para el estudio de los hechos, de toda consideracion racional, á *priori* y proceder segun lo que los mismos nos enseñan sea á *posteriori*.

Para apreciar lo que es este sistema en Medicina, dejarémos de ocuparnos de un empirismo indocto, especie de rutina que camina guiada únicamente por el hábito, lo mismo que habrémos de prescindir del empirismo teórico en que la razon se limita á la esperiencia y se sostiene con la fórmula de aquella filosofia que dice «nada hay en nuestro entendimiento que no hubiera entrado por los sentidos» porque queda ya demostrado que á lo mismo conduce el organismo en la práctica.

Queda tan solo, pues, el empirismo práctico; sistema que niega el teórico y prescinde de las deducciones hechas

solo aquel que la esperiencia aconseja, esa es la causa porque cuando la misma comprueba que casos análogos terminan por la salud sin necesidad de que intervenga el arte, propone que el médico se abstenga de obrar, siendo en este caso su terapéutica puramente espectante. Si la misma esperiencia ha proporcionado medios de combatir la enfermedad en su conjunto, haciéndola desaparecer casi instantáneamente, entonces previene se eche mano de los mismos agentes que llama específicos, y constituyen su método curativo que denomina sintético. Por último si para una enfermedad dada la esperiencia nos suministra los medios específicos, entonces se limita el empirismo á descomponer cada estado patológico en cierto número de elementos ó enfermedades que llama simples, y trata cada una de ellas con los medios apropiados, siguiendo en esto una medicacion sintomática.

Como en estos tres métodos curativos comprenden los empíricos cuantas operaciones abraza la Medicina y Cirugia, renuncian á las teorías fisiológicas y patológicas.

Desechando asi el empirismo todo razonamiento que preceda á la esperiencia, considera de ningun valor el conocimiento de la naturaleza de los males, juzgándole impotente para establecer su terapéutica. Hace, pues, de las cuestiones fisiológicas y patológicas un inútil y aun perjudicial pasatiempo.

Véamos ahora si es una verdad para la ciencia que esta no tiene mas fundamento que esa esperiencia terapéutica, ó si ese esclusivismo por el error que encierra le priva de erigirse en el verdadero medio de dirigir nuestras investigaciones médicas.

Si al nacer el empirismo no se fundase en alguna verdad, no hubiese aparecido en el horizonte de la ciencia. Por esto es que no puede conceptuarse como absoluto error. Mas, aun cuando asi no lo sea, no por eso tampoco puede concedérsele el lugar de verdad absoluta á que aspira. No, tiene una area limitada y relativa, por lo mismo deja de ser un sistema esclusivo. El representa la sintesis del racionalismo, porque si este comprende esclusivamente los elementos á *priori* de nuestros conocimientos, aquel, prescindiendo del razonamiento, no admite otros mas que los á *posteriori*.

Esa absorcion de uno de los términos necesarios para constituir la síntesis que representa el saber humano en el otro, es tan errónea como impracticable, puesto que no hay ninguna manifestacion de la inteligencia, sin que la razon, como elemento del método á *priori*, intervenga.

La Medicina para que pueda, como ciencia verdadera, dirigir nuestra accion, que es el arte, encierra varias representaciones, para las que es indispensable haya un representante y un representado. Para el primero es indispensable el elemento racional, y para el segundo el esperimental.

Como tales representaciones en Medicina no vienen á ser mas que la suma de los conocimientos que posee cada individualidad, de ellos es de donde debe partir toda nocion digna de apreciarse para obtener una buena práctica. Asi que no puede ni debe prescindirse de los estudios teóricos, sean estos fisiológicos ó patológicos, como los empíricos proponen.

Pretender, por tanto, tal separacion de la teoria, es aspirar á una quimera que jamás podrá realizarse en las ciencias esperimentales. La Medicina, como del número de estas, acoge un resultado práctico por cada nuevo procedimiento empleado al inquirir la verdad que forma su último término, y lo enlaza con las demás nociones adquiridas ya. Esta es su teoria, la misma que mas adelante habrá de sugerirle numerosos medios; y en ese incesante movimiento es en el único que logra enriquecerse y ampliarse.

Si convencidos los empíricos de lo imposible que es para la Medicina separar las especulaciones de la práctica como intentan, creen estar en armonia con su doctrina, razonando tan solo acerca de los datos suministrados por la esperiencia terapéutica, y prescindiendo de la naturaleza de los males, se olvidan de la contradicion en que incurren, y de que seguir ese camino es separarse del que lleva á la verdad.

Si cuantas esplicaciones é hipótesis sobre la naturaleza de las enfermedades, son otras tantas cuestiones que obligan por si mismas á que el entendimiento las resuelva con mas ó menos acierto, es necesario examinarlas á la luz de la razon: ella nos dirá primero, si merecen ser planteadas como otros tantos problemas; y hecho esto el entendimiento es

quien puede resolverlas. El mismo es el que concluye significando á la ciencia las reciba como otras tantas verdades, ó las deseche como perniciosos errores.

No consiguen, pues, los empíricos el fin que se proponen al intentar que la verdadera Medicina funde en el abandono del exámen, que es indispensable hacer de cuantas cuestiones abrazan, sus mismos principios. Que esa necesidad de prescindir de tal estudio proceda de haber reconocido como falsas é imcompletas cuantas soluciones se dieron hasta el dia de esos mismos puntos fundamentales, no prueba otra cosa mas que la necesidad de dirigir los estudios de la Medicina por otra senda capaz de llevarla á su indefinida perfeccion. Aquel abandono solo puede ser provisional, nunca debe constituir un método definitivo.

Tampoco es realizable su afán de prescindir de la aplicacion de todas las ciencias auxiliares á la Medicina, para hacer los estudios terapéuticos, limitándose para el de las enfermedades esclusivamente á la esperiencia.

Por mas que los hechos patológicos y los terapéuticos constituyan géneros diferentes, hay entre ellos tal enlace, que aun cuando la diferencia proceda de ser los resultados terapéuticos hijos del esperimento, este debe serlo de la patológia.

Si aun para probarnos mas los empíricos lo innecesario de las especulaciones patológicas, como medio de establecer la terapéutica de los males, creen poder apoyarse en que la historia de una enfermedad jamás nos suministra sus medios curativos, básteles comprender que cuantas modificaciones esperimentan las enfermedades por la intervencion de tal ó cual circunstancia ocurrida, quizá casualmente, en su curso, son otras tantas partes de su historia. Ese fué el resultado que proporcionó el conocimiento casual de varios agentes especificos. Por él al reconocerse los ventajosos efectos del virus vacuno, del mercurio y otros cuando se emplearon en epidemias de viruelas, en afecciones sifilíticas, y demás, adquirió la historia de esas enfermedades un complemento tal, que dió lugar á enriquecer con esperimentos nuevos el caudal de los conocimientos médicos. Hé ahi en parte demostrado que entre los hechos patológicos y terapéuticos no hay esa separacion que autorice á prescindir

de los primeros para investigar los segundos.

Véamos si con los fisiológicos y anatómicos son mas felices los partidarios del empirismo práctico, considerándolos de idéntico valor para las aplicaciones terapéuticas.

A fin de que no puedan dudar que en tal suposicion están desacertados cual anduvieron con los patológicos, que digan los empíricos sinó es una verdad que la mayor parte de los agentes llamados racionales, los acogió la materia médica despues de haber sido sometidos á esperimentos fundados en simples leyes fisiológicas. Esto mismo vemos con un gran número de ellos que por el solo conocimiento de sus propiedades fisiológicas, resultado de esperimentos hechos con sugecion á las leyes que gobiernan la economia en su estado normal, son admitidos en la confianza de que los resultados terapéuticos corresponderán al objeto que les está destinado. Del mismo modo que la terapéutica quirúrgica no hubiera pasado de mera suposicion, si los estudios anatómicos desde los mas superficiales hasta la anatomia fina, no hubieran enseñado al Cirujano que para el hábil manejo de cuantos medios dispone, se requiere, mas que otra cosa, un caudal vasto de conocimientos en aquel ramo de las ciencias médicas capaz de proporcionarle los brillantes resultados por los que hoy obstenta un digno orgullo nuestra atrevida Cirugia.

El empirismo práctico se pone en contradicion manifiesta con sus principios, admitiendo la necesidad indirecta y mediata de los conocimientos anatómicos, fisiológicos y patológicos para las deducciones terapéuticas con solo la condicion de someterlos á la prueba esperimental.

Como tan humillante confesion la hace solamente en fuerza de ver demostrado que las reglas de la salud son, con determinadas modificaciones, aplicables á la enfermedad, puesto que esta no viene á ser mas que una funcion especial de la vida, ahi se ve como una doctrina médica basada en escluir á la fisiológia del campo de la patológia, se viene indefectiblemente á tierra: carece de un principio que se proclame como exclusivo y único; no tiene por lo mismo el fundamento de un sistema, y de consiguiente debe de desaparecer como tal.

¿Qué importa que apele á esa aplicacion indirecta y me-

diata, si al fin establece su doctrina sobre la esperiencia terapéutica y no la hace de la anatomia y demas ramos de la ciencia?

Tan aplicables son directa é inmediatamente los hechos de esperiencia fisiológica como los de la puramente terapéutica.

No puede saberse si un medio usado esperimentalmente en varios individuos dará en otro diferente los mismos resultados, sin que antes se compruebe ó la identidad de las circunstancias en que es empleado ó sus grados de semejanza.

Por eso se hallan perfectamente establecidas esas dos categorias de agentes terapéuticos, racionales unos y empiricos otros. Reconocerlos como tales es una necesidad encarnada en su origen, puesto que la accion de los primeros se halla comprendida en las leyes fisiológicas y patológicas, asi como por estas no puede esplicarse la de los segundos. Veamos, si no, lo que sucede con diversos medicamentos. Una sustancia purgante ó emética modifica las leyes fisiológicas, y patológicas, y por eso sus efectos se manifiestan en el estado de salud lo mismo que en el de enfermedad. Por el contrario un anti-psorico ó un febrifugo no alteran las leyes fisiológicas y evidentemente lo hacen con las patológicas. Sin embargo unos y otros son suministrados por la esperiencia.

¿Pero há sido una misma esa esperiencia para ambos grupos? Nó, Señores, los primeros que deben llamarse medios curativos racionales proceden de la esperiencia fisiológica tanto como de la patológica, mientras que pura y esclusivamente de esta última los segundos que están perfectamente denominados como empiricos.

El mayor número de los medicamentos, cuya accion tiene comprobado hoy la esperiencia terapéutica, se dedujeron de los diversos grados de semejanza que hay entre la accion que ellos producen en la economia y determinadas funciones fisiológicas y patológicas de la misma.

Intentar con el empirisimo práctico, sea desechada esa esperiencia fisiológica y patológica, verdadero origen de los agentes racionales, es hacer preferente en el campo de la ciencia el análisis sobre la sintesis; y es dejar en el ol-

vido importantes cuestiones fisiológico-patológicas que si no nos llevan al conocimiento de la ciencia de la salud y la enfermedad, puesto que la sola aspiracion de esa realidad, es una ilusoria pretension, al menos con aquel objeto se puede tocar lo accesible de su resolucion. Con ello tambien se podrán descubrir en los medicamentos diferencias relativas, verdaderas, diferencias específicas análogas á las que hacen de las enfermedades funciones desemejantes en mas ó menos de las que caracterizan el estado de salud, tal es lo que cumple á la verdadera Medicina: á esa ciencia que sin esclusivismo trata de ilustrar indefinidamente una síntesis primitiva; síntesis de variados conocimientos, que cualesquiera que estos sean, es comprendida por la inteligencia humana con los conocimientos mismos: síntesis oscura, si; pero que ella analiza para esclarecerla; síntesis, en fin, que mal estudiada, hace propender el ánimo á admitir los sistemas dogmáticos esclusivos con exageradas conclusiones. Ahora bien, como el empirismo práctico consiste en no admitir ningun género de conocimientos relacionados con esa síntesis que niega, he ahi porque debemos terminar el exámen de esta doctrina declarándola impotente para erigirse en el fin único de la Medicina á que aspira.

V.

No pudiendo ser el organicismo ni el vitalismo la verdadera clave de la ciencia médica y el esclusivo medio de cultivarla, se creyó autorizado el eclecticismo para proclamarse el árbitro de los destinos de la Medicina; pero tampoco afortunada su doctrina como las de aquellos dos que intentara conciliar, preparó la aparicion del empirismo práctico; mas viendo los partidarios de sistemas esclusivos que tampoco este último reune las condiciones necesarias para que sea acogido en la ciencia como su norte seguro, he ahi que creen divisarlo, no admitiendo con el organicismo la materia sustancia, ni el principio vital causa de la materia con el vitalismo ontológico, ni aun juzgando que la conciliacion de esos dos principios aisladamente falsos, con los

eclécticos, les conduzca á su apetecido objeto por carecer de un principio propio, ni mucho menos encerrado el gigantesco y complicado cuerpo científico en el reducido círculo de la esperimentacion terapéutica, cual lo intentaron los empíricos prácticos, sinó admitiendo como coetáneas la organizacion y la vida: actuando mutuamente, como causa y efecto á la vez, la una sobre la otra, para formar de esas dos entidades elementales, malamente separadas ó escluidas de la sintesis final por los demás sistemas médicos, otra entidad única é indivisible, el organismo animado.

Tal es el origen y fundamental principio del sistema que vá ser objeto de nuestra inspeccion, el vitalismo orgánico.

Esta doctrina que como se vé sinteliza la organizacion y la vida, tiene su raiz filosófica en el idealismo y en el panteismo, porque cual ellos su sintesis la constituye con la unidad y la multiplicidad.

Antes de examinarle en el terreno de la Medicina cumple apreciemos su valor en lo que tiene de relacion con las dos doctrinas filosóficas en que se apoya.

Hay para la inteligencia humana necesidad de optar entre lo incomprensible y la nada, siempre que el entendimiento se afana por resolver el problema de lo absoluto, investigando la esencia de las cosas y creyendo que ella como lo primitivo é infinitivo tienen un lugar en medio de las demás que ya son para él conocidas.

Ahora bien, concebir uno y múltiple á la vez, aquello que esencial y absolutamente existe por si mismo, es, fuera del insondable terreno de nuestro dogma, incurrir evidentemente en el principio de contradicion, puesto que equivale á admitir una cosa como ser que es y no es aun tiempo. Por eso al intentar el conocimiento de lo absoluto, inquiriendo para ello la unidad por la multiplicidad y el espiritu por la materia, lo mismo que el todo por sus partes, son infecundos esos esfuerzos; y no hay mas medio en tal situacion que elevar la sintesis primitiva de nuestros conocimientos, tan limitada como el entendimiento que la comprende, á la consideracion de sustancia, y confesarse impotente la razon humana para descubrir lo que encierra la creacion, como primitivo objeto de la sabiduria infinita.

Pasándonos ya del campo de la filosofia al de la Medi-

cina veremos que el vitalismo orgánico, apoyado en el único fundamento terapéutico que admite como verdadero el sistema hippocrático, reconoce un mundo físico ó naturaleza esterior y un mundo fisiológico ó naturaleza interior dotados de distintas fuerzas, pero coordinados por mutuas analogias.

Para esta doctrina cada propiedad física ó química, que son del mundo esterior, tiene en el interior, en el organismo otra propiedad fisiológica ó vital, dotadas ambas de suficientes condiciones para existir, y sin precisar para su manifestacion mas que un estímulo capaz de modificarlas.

No concediendo el vitalismo orgánico á la economia animal mas que una limitada fuerza propia, y á los agentes físicos la accion estimulante de esa misma fuerza graduada tambien, establece los limites de una Medicina espectante y otra activa.

Dotado, para este sistema, el organismo humano de propiedades morbosas, cuando se altera por los agentes esteriores, considera á estos como otros tantos gérmenes de enfermedad. Obran, por tanto, lás causas de las enfermedades escitando las propiedades morbosas de que está dotada nuestra economia.

Asi como, dicen sus partidarios, no son una misma cosa la salud y la enfermedad, asi tambien todos los agentes medicinales están dotados de una accion fisiológica y otra terapéutica, que la primera escita á la segunda.

Segun el organicismo vitalista cualquier modificacion favorable de una enfermedad debe esperarse de la tendencia que tiene el organismo á recuperar la salud perturbada por el estado morboso; tendencia que es restablecida por el agente terapéutico en las condiciones de su libre ejercicio y despues que por el se rehabilitan las propiedades de salud que encierra el organismo.

Si un medicamento, dicen ellos, obra de diferente manera en el estado de salud que en el de enfermedad, eso no es debido á las propiedades de la sustancia empleada, que para ambos estados es siempre la misma, sino al organismo dotado de la virtud del remedio. Para ellos todos los medicamentos son especiales porque su accion se

halla siempre en armonia con la de un centro especial que viene á representar á toda la economia.

La higiene, alejando los agentes mas nocivos como miasmas y virus, impide que ellos exciten las propiedades morbosas análogas del organismo sobre que actuen. Por eso confia en que los progresos de la civilizacion harán desaparecer las enfermedades mas específicas.

Segun esta doctrina es necesario que el patólogo estudie detenidamente la generacion de los elementos morbosos, y el modo como se combinan entre si para dar origen á las diferentes enfermedades: apreciar seguidamente el medio mejor de suministrar á ese organismo modificado patológicamente nuevas fuerzas: ver cual de los dos modos de actividad, si el sano ó el enfermo, es el que vá á apoderarse de aquella fuerza agregada á la naturaleza por el arte; y terminar investigando si la actividad sana basta por si sola ó si profundamente alterada propende á la estincion del ser y por consiguiente si es indispensable protegerla con la medicacion apropiada.

Tales son las conseeuencias del modo como el organicismo vitalista concibe la enfermedad. Se requiere, pues, que nos detengamos un poco mas en este punto.

Para esta doctrina médica el organismo constituye una especial unidad, que aun cuando ostente fenómenos, cree producidos estos por los agentes esteriores al modo dicho. Es por lo mismo para ella la enfermedad la vida anormal. Mas, Señores, los agentes esteriores alterando la economia no vienen á ser otra cosa que materia dotada en mayor ó menor grado de condiciones á propósito para ser fecundada, pero siempre despues que por el hecho de la vida ese mismo organismo les imprime una actividad de que carecen interin son del dominio del mundo esterior, durante el cual no pueden producir otra modificacion mas que el primer momento en cualquiera de los actos propios de la economia animal, que es la única capaz de ser modificada por ellos.

Para el sistema que analizamos no puede ser la enfermedad una cosa aparte de la vida, nó, no es mas que un accidente de la salud y la diferencia no existe sinó en cantidad y calidad.

Como seria incurrir en una evidente contradiccion ver que esa unidad organismo fuese susceptible de aumento y disminucion, para comprender asi el gran número de afectos que abraza la patológia, el organicismo vitalista por evitarla, mas bien que por buen deseo, supone dotada aquella unidad organismo de propiedades morbosas diferentes de las sanas por su mayor ó menor energia, que encierran los conatos de su destruccion, aun cuando vé estos depender con preferencia de los agentes esteriores.

Asi no debe sorprendernos el que establezcan su nosológia apoyándose en la semejanza que ofrecen los males que afligen á nuestra especie con el estado de salud, considerando mas graves aquellas que están tambien mas distantes del estado normal, y oponiéndoles medicaciones que contienen agentes dotados de la misma energia, sin tener para esto en cuenta que hay en verdad un gran número de enfermedades, muy desemejantes del estado normal, que se curan la mayor parte de las veces con sencillísimos medios.

En la terapéutica se aprecian con bastante claridad los vicios nacidos de la ontológia, que como á otros sistemas caracteriza al organicismo vitalista, de esa entidad que constituye la unidad del organismo dotado de propiedades espontáneas. Asi, cual procede de considerar á los agentes esteriores aptos para determinar en el hombre sano los mismos fenómenos que en el estado de enfermedad, y el cambio de este por la salud despues que tienen lugar otros que nos relevan su desaparicion.

Por eso suponen que la manifestacion de las propiedades terapéuticas en los agentes medicinales tienen siempre lugar despues de las fisiológicas. Esto es inconcebible, puesto que para ello seria indispensable que perteneciese la unidad del organismo á dos séres diferentes y dispuestos de tal modo que el agente actuando obrase en uno como sano y en otro como enfermo.

Aun cuando para un buen número de medicamentos se admitiesen esos dos efectos fisiológico y terapéutico ¿cómo es posible ver á ambos siempre aislados y sucesivos, siendo asi que muchas veces la observacion y la esperiencia nos demuestran, que á la vez que un agente cualquiera produce en el organismo los fenómenos fisiológicos con estos

mismos y sin que se adviertan otros se modifica el padecimiento que nos obliga á propinarlos? Hay en verdad condiciones individuales, desconocidas las mas de las veces, que hacen preponderar los efectos fisiológicos á los terapéuticos y vice-versa; y aun en aquellos casos en que esos dos órdenes de fenómenos tienen lugar, no son necesarios los unos para los otros, ni están en proporcion.

Del mismo modo que el organicismo vitalista considera adornada la economia animal de cuantas propiedades caracterizan en general á la naturaleza, y dotadas estas de una actividad superior, así queriendo ser consiguiente, rechaza el que se convierta por sí mismo aquel organicismo en una entidad de órden mas humilde, y por tanto supone que los medicamentos no obran en el aniquilando con sus efectos terapéuticos las propiedades morbosas, sino rehabilitando con los fisiológicos y terapéuticos las del estado de salud.

Es decir, que para este sistema los medicamentos no obran destruyendo las propiedades morbosas, sino aumentando las fuerzas de la vida.

Hé ahi porque son escluidos de su terapéutica todos los medios destinados á neutralizar la accion directa de los virus. Para el organicismo vitalista no hay mas agentes que aquellos que son capaces de determinar la manifestacion de algunas propiedades vitales en el organismo, que primeramente los tolera como sano para que tenga lugar la escitacion y luego como enfermo para que esa misma sea útil. Por tanto niega la existencia de los medicamentos específicos para no ver mas que los especiales.

Semejante doctrina es altamente perjudicial para la terapéutica por varios conceptos: primero, porque supone no haber mas medio de comprender los efectos curativos de los medicamentos que por el previo conocimiento de los fisiológicos: segundo, porque hace que las medicaciones, puestos que ellas y no los medicamentos son las que dan al organismo mas actividad, se empleen con esceso para lograr que la economía despues de consentirlas como sana las tolere enferma: tercero, porque escluye de la materia médica todos los agentes, cuyo nombre toman de las enfermedades que con ellos se combaten dándoles denominaciones tan solo fundadas en sus efectos fisiológicos: cuarto,

porque ella impide administrar en determinados padecimientos medios que aprovechan en otros análogos: quinto, porque asi los medicamentos especificos, aquellos que no obran sobre un órgano enfermo ó una funcion alterada sino produciendo el alivio y curacion de determinados padecimientos y sin ser apreciable su accion fisiológica, tienen que dejar su puesto á los especiales: sesto y último, porque con tal manera de considerar los medicamentos se pospone la esperimentacion clínica por la fisiológica, que se intenta declarar por el sistema médico que examinamos, como el exclusivo medio de aplicar los agentes curativos al restablecimiento de la salud.

Y por fin todo ello no viene á ser otra cosa que la legitima consecuencia de ver la economia como una entidad dotada de propiedades vitales y conservadoras, en vez de mirarla como un compuesto de órganos y funciones relacionados entre si por imprescriptibles leyes.

El dia en que los enemigos de las ontológias depongan la que les sirve de enseña dejará su doctrina de ser esclusiva y al intentar, para sostenerla, el descubrimiento de verdades absolutas, verán que les es imposible establecer esa espontaneidad de las fuerzas vitales con relacion á las físicas, como descubrir el enlace que proclaman entre las propiedades del organismo y las del mundo esterior, su intensidad y el modo de modificarse asi durante el estado de salud como en el de enfermedad.

No puede, pues, el sistema órgano-vitalista, por mas que tenga una importancia relativa superior á la de los demas, preciarse de ser esclusivo en bien de la humanidad y de la ciencia.

VI.

Guiado, para terminar con la homeopatía el imparcial exámen que llevo hecho de los demas sistemas, mas bien por la importancia que en los últimos años ha querido concederse á aquella, que no porque en realidad merezca ser considerada como una doctrina médica, voy á trazar

su historia, cual lo hice de las otras, pero sin detenerme mas que lo preciso á fin de no abusar de vuestra benévola atencion.

Filosoficamente considerada esta doctrina está basada en admitir esclusivamente como sustancia la unidad metafisica símple é indivisible; y por eso reconoce como esencialmente idénticos en su esencia todos los contrarios, que procedentes de esa misma unidad, como existencia que concede tan solo en la apariencia, son para ella desemejantes, del mismo modo que ve su diversidad como transitoria.

Esa entidad metafisica incognoscible por su naturaleza y que para ellos es reconocida como la única causa evidente de todos los fenómenos propios de la organizacion y de la vida, es de naturaleza dinámica. Y aun cuando no la denominan, no por eso deja de comprenderse que encarna el error ontológico con que se distingue el sistema de Hanhemann, puesto que la unidad de su sintesis total la ostenta como conocida, siendo asi que ni lo es, ni por su naturaleza puede serlo.

Formulando ahora, para mejor apreciar su valor, las aplicaciones hechas de esa idea fundamental á la Medicina, diré, Señores, que para los verdaderos hanhemannianos el dinamismo vital es el que engendra y gobierna todos los actos fisiológicos, patológicos y terapéuticos por medio de una sustancia inmaterial invisible é impalpable que se revela por los fenómenos de la vida, y es idéntica en el hombre con la que determina los fenómenos del Universo.

Si no todas, el mayor número de las enfermedades crónicas proceden, para los Homeópatas de uno de los vicios psórico, sifilitico y sicósico ó verrugoso.

No reconocen otros medios de enriquecerse la materia médica, que administrar sustancias medicamentosas á las personas sanas en dosis mínimas y observar las modificaciones que en ellas produzcan.

Creen que solamente se curan las enfermedades con medios capaces de producir un conjunto de sintomas análogos á los propios de las mismas dolencias ya por su naturaleza, ó ya por la manera de presentarse.

Por último, establecen como precepto el que se administren esos mismos medicamentos dinamizados, ó sea estremadamente divididos por trituracion y dilucion, considerándolos tanto mas activos, cuanto mas divididos se empleen; es decir, que deben usarse como ellos llaman á infinitisimales dosis.

Señores, antes que todo debo significar que Hanhemann y con el sus partidarios no han hecho mas que tomar de las escuelas vitalistas su idea fundamental, la que les sirve de enseña. Antes que ellos ya el principio y fuerza vital, aunque con diferentes denominaciones, fué considerada como la causa de la salud y de la enfermedad. El arqueo de Van-Helmoncio, el alma de Sthal, la irritabilidad de Haller, la incitabilidad de Brown y la irritacion de Broussais son la prueba mas evidente de que todos ellos no fueron mas que formas diversas de un mismo principio.

Combatir, pues, como erróneo el fundamento de la homeopatia, no es mas que recargar el cuadro de los errores que la doctrina vitalista encierra.

En lo que ofrece la homeopatia de análogo con el vitalismo, hallamos digno de nuestro exámen el modo y las consecuencias que deduce del principio vital en que se funda, asi como sus aplicaciones.

Ninguna escuela vitalista se creyó autorizada para esplicar por la fuerza ó principio vital, que es para todas la causa productora de los fenómenos propios de los seres vivos, ni la virtud espiritual de los medicamentos, ni la de determinar en el organismo sintomas semejantes á los de la enfermedad, tanto mas activos cuanto mas divididos se emplean. Esta red inestinguible de hipótesis á cual mas gratuitas solo el misticismo de Hanhemann pudo formarla.

Como la entidad dinámica y espiritual que la homeopatia admite idéntica para el hombre y el universo solo se revela por los fenómenos de la vida y nunca por su esencia, por eso para este sistema, si tal puede llamarse, no hay fisiológia, porque sus secuaces no reconocen mas instrumentos ni agentes para determinar sus actos, que aquel mismo principio vital. Asi es que no distinguen el organismo de la organizacion; y como en el conocimiento de esta, modificada, bajo el influjo de leyes

físico-químico-vitales, por los agentes naturales, es en lo que está fundada la verdadera fisiológia, no es estraño que para ellos sea superfluo este ramo de las ciencias médicas.

No teniendo el conocimiento posible de lo que es el hombre en estado normal, no es estraño que los homeópatas desconozcan lo que puede ser en estado morboso. Una doctrina médica sin fisiológia carece por necesidad de patológia, puesto que al serle desconocidos los elementos de la salud, mas tienen que serle los de la enfermedad, que aun cuando no fueran, cual lo son, mas complejos que aquellos, es imposible poder apreciar que modificaciones del estado normal son las que ponen al hombre en estado anormal ó patológico,

Esto no obstante, los hanhemannianos, sin duda, mas por llevar con alguna justicia el dictado de médicos, que por ser consecuentes con sus propios principios, tienen como patólogos su nosológia. En ella aparecen formando las enfermedades cuatro grupos; el primero compuesto de las agudas, determinadas por causas accidentales y de corta duracion; el segundo por las epidemias debidas á condiciones atmosféricas especiales; el tercero por las medicinales que el café, alimentos aromáticos, el opio, mercurio y otros agentes terapéuticos, determinan; y el cuarto por las crónicas á que dan lugar los vicios psórico, sifilítico y verrugoso ó sicósico.

Pero hay en la etiológia de tales afectos, la evidente contradiccion de ser esta doctrina esclusivamente dinamista y caracterizar tales afectos de un modo impropio á su fundamental creencia, como lo demuestra el que admita para las enfermedades agudas una perturbacion de la fuerza vital constituyendo su patogénia; y para las crónicas que haga consistir esta en la manera de obrar los miasmas. Para unas razona la homeopatia como espiritualista y para otras como materialista.

El considerar asi dichas enfermedades por sus causas, hace que vean en las agudas siempre la indicacion de administrar los agentes que los homeópatas creen dotados de la singular virtud de poner en armonía la fuerza vital ,que viene á ser la que las producen, con sus desordenes ó desacuerdos, asi como en las crónicas hechan mano del antipsórico ó especifico segun el vicio que suponen originarlas.

Como el organismo es ageno á tales padecimientos, segun ellos, está por demas emplear sustancias que lo modifiquen; y pudiendo de otro modo determinar cualquiera de las enfermedades medicamentosas á que tanto temen los hanhemannianos, se cuidan mucho de alejarlas con aquella precaucion.

Aun adelantan mas ocupándose de las enfermedades crónicas. Juzgan bien conocido para ellos el vicio sifilitico, no tanto el sicósico y mucho el psorico por los numerosisimos efectos que les son debidos. A este último dan mas importancia que á los otros dos que unicamente revelan los padecimientos crónicos de que son su causa por chancros y escrecencias.

Al psora, á ese miasma crónico interno, es al que consideran como la única causa productora de las formas morbosas que en nuestras patológias constituyen numerosas enfermedades diferentes. Este vicio es quien, segun ellos, produce el histerismo, el cancer, la demencia, la caries y toda la serie de males que estudian los demas sistemas médicos á fin de descubrir, en sentido de su errónea teoria, cual es su patogenia.

El vicio psórico que nacido, sin duda, con el hombre se transmitió por la multitud de generaciones que nos precedieron, debió adquirir, al parecer de los homeópatas, un desarrollo considerable, agregándose á eso cuantas modificaciones hubo de imprimirle la variedad de condiciones individuales. Tal es en su sentir lo que dá orígen á la mayor parte de afecciones que hoy afligen al hombre, y que son malamente consideradas como diferentes, siendo asi que proceden todas ellas de un germen primitivamente único.

Esto es lo que valen la fisiológia y la patológia para la homeopatía. De la primera se cuida muy poco, porque con su principio mas bien espiritual que no vital, tiene lo suficiente para esplicar á su manera cuanto caracteriza el estado normal. Poco le importan los órganos y las funciones, puesto que sus trastornos los ven procedentes de aquel resorte sutilisimo. Está por demás para ellos el ocuparse en detenidos y minuciosos estudios anatómico-fisiológicos. Esto es fatigarse en vano por buscar los efectos toda vez

que le es dado conocer casi matematicamente su causa productora. Y por mas que aparezca chocante la subordinacion de diferentes efectos á una misma causa, ellos como verdaderos creyentes miran con indiferencia su contra sentido, que cuando mas lo hacen depender de nuestros imperfectos medios de investigacion.

Asi es, Señores, que parece se proponen los defensores de la homeopatía dejar velado para siempre el verdadero estudio de los males. Nada hay para ellos esperimental, todo es hipotético, de modo que si la Medicina, como ciencia de hechos, podia vanagloriarse de ser la verdadera hija de la observacion y el esperimento, con Hanhemann, cede ese lugar á otros ramos del saber humano, sin poder conservar siquiera su puesto como teoria.

Veamos cuales son las ideas que ostenta el sistema de las dósis infinitesimales en terapéutica.

Ningun valor concede á las acciones fisiológica y terapéutica de los medicamentos ni á las observaciones clínicas que pueden contribuir á darnos el conocimiento de la verdad. Solamente atienden, como único medio para ese objeto, á la simple esperimentacion, que consiste en usar diversas sustancias en cantidades mínimas en el hombre sano, apreciando luego cuantas modificaciones producen en él, para conforme á ellas, asignarles el lugar que les corresponda en su materia médica.

De este modo es como Hanhemann cree puede tener el conocimiento verdadero de las virtudes curativas que poseen las sustancias medicinales. Y aun cuando mucho antes que el, ya Haller y Foderé habian pensado lo mismo, no obstante el médico de Meissen llámase el primero en descubrirlo. Rechaza por perjudiciales cuantas clasificaciones se habian hecho de los medicamentos y califica de añejas y ridiculas las denominaciones de anodinos, emenagogos, purgantes y demas. Establece como base de la terapéutica el *similia similibus;* y hace de las dósis infinitesimales su punto de partida para el arte de recetar.

Los razonamientos en que se apoya al establecer las precedentes teorias le llevan á suponer que todas las enfermedades se curan con aquellos medios que en el hombre determinan sintomas análogos á los propios de las mis-

mas dolencias: que las sustancias medicinales producen un estado semejante al morboso, aunque mas enérgico que él, y que todo agente obra sobre el órgano que padece, siendo por esto mismo indispensable sea administrado en pequeñisimas cantidades, porque de otro modo aumenta en vez de disminuir la alteracion que le hace necesario, segun lo dicta la pura esperiencia.

Esto es todo lo que encierra el sistema homeopático digno de nuestra apreciacion. Ninguna nocion del hombre sano; inesactitud en los estudios patológicos; y aun en lo que parece mejor dilucidado por esta doctrina, en los trabajos de materia médica y terapéutica, se nota que ese espíritu de esclusivismo en su formula de la identidad absoluta, escluye los mas eficaces medios de apreciar las virtudes de los medicamentos, que administran para combatir cada uno de los variados síntomas propios de diversas enfermedades, dejando que estas corran con inturbable curso los azares de una espectacion peligrosa.

Ahora bien si dejamos consignado, por lo que respecta á la fisiológia y patológia, á que conduce tal carencia y oscurantismo en el cultivo de dos ramos tan indispensables para que haya ciencia médica, terminaremos este sucinto exámen manifestando: que si bien la enfermedad y la salud no pueden considerarse como estados independientes el uno del otro, y por lo mismo que absolutamente hablando no es aplicable la ley de los contrarios, toda vez que para esto seria indispensable que el buen criterio comparase entre si todas las demas leyes que pertenecen á la ciencia para hacer de ellas aplicacion á cada caso en particular, no por eso deja de ser tan errónea aquella que procede de creer, que en vez de esa ontológica contrariedad inexistente, hay una identidad de igual estension, como lo es el creer que todo es indiferente, y que no consiste el buen ejercicio del arte mas que en conseguir desaparezcan las diferencias por las diferencias mismas.

Esto es aun mas contradictorio para la ciencia y para el buen sentido. Por tanto, forzoso es terminemos diciendo: que aun cuando en el campo de la fisiológia la homeopatia pueda justificarse desdeñando lo que es relativo por el absoluto que proclama á diferencia de algunos sis-

temas de los que nos hemos ocupado, lo hace estensivo á la práctica, en donde, con reprensible audacia, se muestra altiva é indigna del lugar á que aspira. Y asi como ella con la novedad de sus elucubraciones quiso reemplazar la sólida doctrina que representa la Medicina secular, asi es necesario que al elevarse el suntuoso edificio de la verdadera ciencia que esta representa, venga de una vez á tierra ese mezquino valuarte de la ignorancia que por falta de cimientos está ya conmoviéndose.

Espuestos los principios filosóficos que dieron lugar á diversas aplicaciones médicas. Examinadas las mas importantes de estas en lo que ofrecen de comun, las vemos contener con algunas verdades numerosos errores, procedentes aquellas del conocimiento relativo en todo lo que inquiere nuestra limitada inteligencia, y estos de la imposibilidad que hay en satisfacer con nuestros imperfectos medios de investigacion, el deseo de tocar la verdad absoluta que es propio de nuestro entendimiento.

Todo ello nos confirma cada vez mas en la necesidad que tiene la Medicina de poseer una filosofia propia y capaz de uniformar todas las teorias que aparezcan en su campo y de formar con todos los ramos que le pertenecen una sola ciencia, conservando el razonamiento y la esperimentacion, que son los únicos medios de cultivarla y enriquecerla, dentro de prudentes límites.

Con esos dos elementos indispensables para las ciencias de hechos, es con los que todas las verdades que encierra la Medicina, muchas de las cuales ya se ofrecieran á sus primeros cultivadores, pudieron al traves de los sistemas que disputaron la preferencia, trasmitirse incólumes hasta nosotros; asi como por ellos la inteligencia humana, con un juicio limitado, que el único concedido á sus aspiraciones de saber, pudo de entre los errores que estos mismos sistemas encierran, entresacar algunas verdades que están llamadas, como instrumento de su perfeccion, á ampliar el cultivo de sus numerosos ramos. Tan vastos estos en verdad, que cada uno por si solo requiere todos los desvelos con que algunos infatigables genios supieron

dar el esplendor que ostenta hoy la anatomia, la fisiológia, la patológia, la terapéutica y demas.

Solamente asi puede llegar al conocimiento del hombre sano y de todos sus modificadores.

Unicamente con ese y el de su estado morboso es como puede apreciar todos los fenómenos que establecen el conjunto de leyes fisiológicas, patológicas y terapéuticas; leyes que vienen á ser la verdadera ciencia, cual en su buena aplicacion consiste el arte.

De este incontrovertible origen y organizacion en la ciencia y en el arte, no pudo menos de nacer la necesidad de reunir cuanto se observaba, y de formular esas mismas observaciones en principios generales de fácil aplicacion á los casos individuales.

Tuvo, pues, mas necesidad que otras ciencias de establecer una teoria; y como cualquiera doctrina médica, aun cuando guiada por el razonamiento, no se separe del camino esperimental, tiene necesariamente que ser imperfecta absolutamente considerada, por apoyarse en hechos que al hombre le está vedado comprender esencialmente, es innegable que se intenta, cual ha sucedido por los sistemas que dejamos analizado, proclamar como la sintesis total verdadera de la Medicina una de esas mismas teorias con rigurosa esclusion de las demas, y sin tener en cuenta que para la verdadera ciencia no son de otra importancia que como verdades relativas.

Tal es el valor que para la Medicina tienen cuantos sistemas han querido constituirse en su esclusivo medio de perfeccion. Todos, aun los mas estravagantes por lo ridiculo y exagerado de sus principios, tuvieron un origen necesario y una existencia limitada, que cada cual termina sin lograr el fin que se propone de dominar á la ciencia. Antes bien ésta con inalterable calma prosigue incesante su carrera hasta la perfeccion á que le es dable aspirar, y en su tránsito toma siempre de la doctrina ó sistema que impera todo cuanto puede servirle para mantenerse en su condicion de ciencia esperimental, basada en los buenos principios que emanan de una sana filosofia.

No miremos, pues, con desprecio á ningun sistema médico por mas que lo rechacemos como absoluto. Tenga-

mos siempre presente que en medio de muchas ontológias é inumerables errores, nos dieron, el organicismo sus leyes de los fenómenos materiales; el vitalismo sus consideraciones sintéticas; el eclecticismo y el empirismo, prudentisimos consejos; el vitalismo orgánico, una sintesis mas perfecta y comprensiva, y por fin, que hasta la misma homeopatia nos ofrece la unidad no solo bajo el carácter de entidad causal, sino como fenómeno.

HE DICHO.

Francisco Freire Barreiro.

12-2º

La medicina se cultiva y enriquece con las verdades de los principales sistemas que la han dominado sin satisfacer ninguno de ellos esclusivamente sus legítimas aspiraciones.

DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL DOCTOR

D. JOSÈ ANDREY DE SIERRA,

CATEDRATICO NUMERARIO DE OBSTETRICIA Y PATOLOGIA ESPECIAL DE LA MUGER Y DEL NIÑO.

ILMO. SR.

Por segunda vez tenemos la señalada honra de dirigir nuestra poco autorizada palabra al ilustrado claustro de esta Universidad, si por diversos motivos, ambos, no obstante, tan superiores á nuestra inteligencia como gratos á la voluntad.

El que hoy nos ocupa lo es mucho en este concepto, contestando al notable discurso del nuevo catedrático, que viene á ocupar en esta Facultad de Medicina uno de sus puestos vacantes y á llenar en vuestras filas uno de sus sensibles vacios.

Y no puedo menos de felicitarle por la acertada eleccion del tema de su discurso, puesto que en él nos demuestra su profunda conviccion de que es llegado el tiempo, no solo de reconstituir la ciencia sobre mas ámplio y sólido fundamento, sino de reformar su enseñanza, conduciendo á ambas por la senda de una filosofia mas racional

y comprensiva que abrace, sin exagerarlas, la doble tendencia de la humana razon en órden á los objetos del conocimiento—la síntesis y la análisis—y que abra así un vasto campo al estudio y práctica de la ciencia bienhechora.

Le felicito tambien por la clara fuente donde ha bebido la sana doctrina que profesa y espone con tanta lucidez; doctrina hija de un distinguido médico español contemporáneo (*) y que, sin pretensiones por nuestra parte á la originalidad y menos á la primacia, hace ya tiempo que, con algunas diferencias, inculcamos á nuestros discípulos en el aula y consignamos en nuestros escritos.

Ha comprendido, pues, el nuevo profesor su alta mision y la tendencia cientifica de nuestra época, como vamos á corroborar con nuestra humilde réplica á la levantada idea de su discurso, siguiéndola en su desenvolvimiento histórico.

II.

Demostrar que la medicina se cultiva y enriquece con las verdades de los principales sistemas que la han dominado, y que ninguno de ellos satisface esclusivamente sus legítimas aspiraciones, es un trabajo digno de esta solemnidad académica, digno tambien por su importancia y trascendencia científicas.

Una prueba palmaria de la certidumbre y perpetuidad de la medicina la dá ciertamente esa antitésis, que nos revela la historia, entre la existencia mas ó menos efímera de sus fórmulas sistemáticas y su marcha noble y magestuosa á través del tiempo por la senda de los conocimientos útiles y de aplicaciones benéficas á la vida humana: semejantes aquellas al verde foyage con que se engalana la naturaleza vegetal en la estacion de sus núpcias, caen pronto al frio soplo de la sana razon y esperiencia, cual las hojas al helado de los cierzos y aquilones. Esplicar tan singular contraste, manifestar los fundamentos en que se apoya,

(*) D. Matías Nieto y Serrano.

será sin duda dar la clave filosófica del pasado, del presente y del porvenir de la ciencia propiamente dicha, á fin de estar prevenidos contra toda tentativa de nueva sistematizacion esclusiva que se la trate de imponer.

La medicina, como hemos dicho en otro escrito, (*) *no tiene por esclusivo objeto la curacion de las humanas dolencias, sino que, levantando mas alta su consideracion, se propone los muy loables de prolongar la existencia, de conservarla en el libre y perfecto juego de las funciones orgánicas y en los puros gozes del alma, de evitar las enfermedades señalando sus causas y buscándoles preservativos, de mejorar y perfeccionar, en suma, física y moralmente el individuo y la especie.* ¿Ha cumplido tan importante mision, como arte, y tan trascendental como ciencia de aplicaciones tan vastas? Sus anales, la tradicion y el sentimiento público, contestan unánime y afirmativamente á lo primero; como tambien á lo segundo la historia general de la civilizacion de los pueblos.

Ahi están en prueba de lo que decimos las estátuas que nuestra época ha levantado á Jener, á Esquirol y á otros célebres médicos declarados bienhechores de la humanidad, como imperecederos testimonios y monumentos elocuentes de los beneficios que ésta recibiera en sus males del cuerpo y del espíritu. Ahi están igualmente los códigos políticos y religiosos de los pueblos antiguos: el viejo Testamento, la Enciclopédia hermética, la legislacion de Esparta, de Atenas y de Crotona, las leyes de Numa, la *ley aquilia* de la republicana Roma, las de sus emperadores anteriores á la conquista de la Grecia, el código de Justiniano, el Coran, las capitulares de Carlo Magno, las insignes partidas de nuestro sábio Rey, la legislacion civil y criminal de nuestros tiempos, sus edificios públicos, sus instituciones civiles, sus asilos benéficos, sus costumbres, su género de vida, dó quiera, finalmente, dirijamos una rápida mirada por las sociedades modernas, como por las antiguas, encontrarémos marcada la huella de la benéfica ciencia que

(*) Discurso inaugural de 1860.

recibe al hombre al nacer y que solícita le sigue en todas las fases de su efímera existencia hasta que baja al sepulcro.

Si la Medicina es una verdad como arte y como ciencia, inscrita con caractéres indelebles en la conciencia humana y en los monumentos sociales, éslo tambien su ideal, espresado de varios modos en las diversas fases de su movimiento progresivo y de su evolucion filosófica.

El empirismo médico irreflecsivo ó la rutina de los tiempos heróicos y de los antiguos históricos, como los dogmatismos de la antigüedad y de las modernas edades, espresan una misma aspiracion—la perfectibilidad absoluta de la ciencia—pero que se distinguen, ora segun el punto cardinal que señala la aguja de la humana razon en el cuadrante de su evolucion en el tiempo, ora por particulares circunstancias ó influencias sociales. De Jonia, pues, de Crotona y Elea, de la Academia, del Liceo y del Pórtico, del Museo de Alejandria, de la Edad media y del Renacimiento, de Bacon y Descartes, de las escuelas inglesa, escocesa y alemana, han soplado sucesivamente los vientos que impulsaran la medicina racional por diversos y opuestos derroteros; como la vulgar tuviera en el sentido comun, en las preocupaciones sociales, en las supersticiones religiosas y en el espíritu mercantil, sus móviles poderosos.

Melampo, Chiron, Esculapio, estos mitos de la medicina griega primitiva anteriores á la guerra de Troya, Machaon y Podaliro en esta época lindante con la mitologia y la historia, representan el ideal médico; como en el terreno científico Hipócrates y Eurifon, Heròfilo y Erasistrato, Philino de Cos y Serapion de Alejandría, Asclepiades de Bythinia y Themison de Laodicea, Atheneo de Athalia y Arquigene de Apamea, Galeno y Avicena, Paracelso y Van-Helmont, Sylvio de Leboe y Borelli, Brown, Barthez, Rasori, Broussais, Hahnemann, Rostan, Trousseau, Tissot, etc.; y como en todos los empirismos conocidos, el místico, el de la panacea y el popular, se entraña esa noble aspiracion á un ideal médico perfecto innato en nuestra naturaleza. ¿Duda alguno de lo que decimos? ¿Hay por ventura algun escéptico entre los que me honran con su benévola atencion?; pues que examine el santuario de sus creencias y sobre alguno de sus altares verá colocado un pequeño

ídolo, ya se llame Le-Roy ó Morison, Priesnitz ú Howlovay, ó cualesquier otros de los representantes antiguos ó modernos del ciego empirismo, del charlatanismo grosero, ó de la supersticion degradante.

No es de estrañar, pues, que desde el orígen de la ciencia, se tratase de imponerle un yugo sistemático en la conviccion de haber hallado la razon causal ó la incógnita del grande, complejo y difícil problema de la vida humana. Desgraciadamente tantos trabajos filosóficos de célebres ingénios, sino han sido completamente estériles, han constituido siempre una rémora á los progresos legítimos de la ciencia propiamente dicha, y muchas veces á los de sus diversas partes constituyentes.

Un error filosófico grave y trascendental fuera el orígen de los numerosos que registra la historia antigua y moderna de la filosofia médica, el haber limitado el campo del conocimiento forzando á la razon á recorrer constantemente la via esclusiva de la síntesis ó de la análisis, y á abstraer de los objetos de su estudio, ora lo fenomenal ó lo causal, ora lo conocido ó lo desconocido, á quienes se les concedia en el cuadro sistemático el lugar de principio ó axioma fundamental. De aquí los dos sistemas principales que se han disputado su imperio, el materialista y el espiritualista, con otros de matiz filosófico menos caracteristico. Echemos una mirada retrospectiva, siquiera sea rápida, por la historia de la ciencia para hacer resaltar el enlace de las ideas modernas con las que nos legara la respetable antigüedad.

Las escuelas jónica é itálica, atomística y eleática, ecléctica y sofistica, haciendo del hombre objeto predilecto de su estudio, lo incluyeron en la gran síntesis del Universo y le aplicaron sus sistemas respectivos. He aquí ya la medicina, desde sus primeros albores, desde el primer período de su constitucion científica, encerrada en los estrechos límites de la filosofía de la naturaleza de los Thales y Anaximandros, de los Pitágoras, Leucipos y Demócritos, de los Parménides y Cenones, de los Empédocles y Anaxágoras.

La aplicacion de las teorías filosóficas al estudio del

hombre como ser orgánico, fué no obstante un progreso notable atendido á que se completó el órden de su conocimiento con el elemento sintético necesario á su total comprension. Antes del advenimiento de la filosofia griega constituía todo el saber médico el simple exámen del fenómeno morboso en sus relaciones con los medios curativos y misteriosa causalidad; pero, á partir de aquella época, se fijó la atencion del filósofo en sus causas y terapéutica naturales, en la finalidad funcional y en las relaciones, si hipotéticas, de los hechos vitales.

Thales y Pitágoras son los heraldos de Hipócrates segundo, del génio esclarecido de Cos, del ilustre y sábio Asclepiades que dió á la ciencia su razon de ser, su síntesis propia, su método filosófico, su autonomía, del inmortal fundador, en suma, de la medicina racional.

Las escuelas de Cnido y Cos representan la primitiva antitésis filosófica de la medicina. La primera, proclamando la excelencia de la simple observacion de los síntomas, es empírica, analítica y materialista; es la manifestacion genuina de la filosofia jónica. La segunda, al contrario, sosteniendo las ventajas del raciocinio y la experiencia en el conocimiento de las leyes vitales fisiológicas y patológicas, es dogmática, sintético-analítica y espiritualista; es la espresion de la filosofia pitagórica y socrática.

La filosofia que en manos de Hipócrates alumbró la ciencia con vivos fulgores, en las de sus inmediatos discípulos proyectó tan solo tinieblas. Thesalo, Dracon y Polibio, dejándose arrastrar por la corriente de la filosofia sofistica, sustituyeron á la observacion y experiencia razonadas del Hipocratismo las sutilezas de la dialéctica, al estudio atento de las funciones de la naturaleza humana sana y enferma, como punto de partida de nuevos conocimientos, el de sus causas próximas ó esencia, á las teorías é hipotesis, como elementos científicos secundarios, las de todos los sistemas filosóficos erigidos en axiomas ó principios, á los sanos principios filosóficos de la escuela itálica y de la Academia, la fisica de Platon, el numerismo de Pitágoras y el estoicismo de Cenon.

El dogmatismo de la escuela de Cos en su período de decadencia dió solamente importancia á la teoria humo-

ral, que desenvolvió Platon, que amplió Praxágoras, al poder de los números, á la influencia de los astros, á la omnipotencia del arte. La naturaleza medicatriz, como base de la terapéutica hipocrática, fué reemplazada por la del *contraria contrariis curantur.*

Sometida la Grecia, este suelo clásico de la libertad, de las artes y ciencias al férreo yugo de Roma, introdujo en ella su decadente, perniciosa y estéril filosofía, con la que vengó su humillacion y minó los fuertes cimientos de la civilizacion guerrera de esta señora de la victoria. El estoicismo y epicurismo vencidos pronto por el escepticismo idealista primero y el sensualista despues de la nueva Academia, ésta se levantó pujante en el mundo intelectual y moral, dominando hasta finalizar el segundo siglo de la era cristiana.

Condenado el espíritu por el escepticismo académico á la inmovilidad; cegadas por el error las fuentes naturales del conocimiento, buscó el hombre con afán una nueva via que satisfaciese la imperiosa necesidad de pensar y creer, y el misticismo, último asidero de la razon humana cerró la brillante historia de la filosofia griega.

La escuela de Alejandria, si ecléctica en la forma, fué mística en el fondo. Su misticismo científico fué el resultado preciso de sus esfuerzos por realizar la unidad de los diversos elementos de la filosofia griega, por fundirlos en el crisol de la idea filosófica de Oriente. Pero, imposibilitada de poder armonizar el eclecticismo filosófico con su Theodicea, se vió arrastrada naturalmente hácia el idealismo pitagórico y platónico que, exagerado, engendró su misticismo.

La medicina griega se refugió á este valuarte del saber, encontrando asociados los grandes elementos de progreso á la filosofia de Crotona y de la Academia. El espiritu de secta surgió pronto de este sincretismo filosófico, y el dogmatismo y empirismo muy luego, y el metodismo, pneumatismo y eclecticismo despues, oponiendo grandes obstáculos á los progresos ya notables de algunas partes constitutivas de la ciencia, le imprimieron á esta un curso vacilante hasta el total eclipse de la antigua civilizacion.

Herófilo y Erasistrato, exagerando el principio de causalidad morbosa y dejándose llevar demasiado lejos por el idealismo platónico y la teoria atomística, sin atacar los fundamentos de la doctrina de Cos la erigieron en sistema escolástico y á sus fecundos principios en proposiciones controvertibles.

Philino de Cos y Serapion de Alejandria proclamaron la historia, la observacion y la analogia, como fundamentos de la ciencia; la esperiencia fatal, inalterable, y el esperimento *in anima vili*, como método filosófico; y el *juvantia et lædencia*, como base del arte.

Asclepiades de Bythinia, basando su teoria en los principios de la filosofía atomística de Leucipo, Epicuro y Demócrito, creyó que todos los fenómenos de la organizacion humana debian referirse, ora á la justa proporcion entre sus poros y los átomos que los atraviesan, ora á un vicio de relacion en mas ó menos de su volúmen ó diámetro, y que se alcanzaba el fin terapéutico restableciendo el equilibrio en los movimientos, haciendo entrar en justas proporciones á poros y átomos con los medios naturales y á gusto del enfermo, para curarle de una manera segura, pronta y agradable. Este sistema fué perfeccionado por Themison de Laodicea en su teoria del *strictum, laxum et mixtum.*

Atheneo de Athalia admitió un principio inmaterial en la humana organizacion que la anima y conserva, un espíritu dotado de facultades y de propiedades diversas, el alma del mundo de los estoicos, el enormon de la escuela de Cos, la sustancia aeriana é inmaterial de los platónicos y peripatéticos, el..... *Mens agitat molem* del inmortal cantor de la Eneida.

Segun esta doctrina, forma mas concreta del dogmatismo cóaco y alejandrino, la salud y la enfermedad no espresan otra cosa que modos de ser del *pneuma* que dirige la accion del corazon y de las arterias, indicando su buen estado la primera y sus sufrimientos la segunda.

Arquigene de Apamea, aplicando á la Medicina la filosofía ecléctica de Potamon, basó su sistema en los principios del dogmatismo, empirismo, metodismo y pneumatismo, que satisfizo en parte la necesidad de creencias cien-

tíficas de su época profundamente conmovidas por la lucha de tan contrarias aspiraciones.

La hora de la decadencia total de la medicina estaba próxima á sonar, cuando Galeno la salvó con su elevado talento de un naufragio inevitable, unciendo fuertemente al carro de su autoridad la doctrina de Hipócrates.

El Galenismo, considerado en general ó estudiado en sus principales dogmas, no viene á ser otra cosa que el desenvolvimiento del naturalismo ó de la idea hipocrática con la lógica de Aristóteles; analizado detenidamente, es la síntesis de las doctrinas de sus predecesores y coetáneos sobre los fundamentos de la tradicional.

Vamos á salvar un largo período histórico en el que la medicina ostenta dos fases notables de su evolucion en el tiempo pero poco importantes en su desenvolvimiento filosófico, puesto que lo paraliza el arabismo y lo sofoca el escolasticismo.

Empero, en los lindes del renacimiento y de la edad media aparece una figura tan notable por su osadia como célebre por sus delirios y estravagancias, que, sintetizando las de su época, aplica la alquímia, la teosófia y la cábala al estudio del hombre como ser orgánico. Paracelso, este inquisidor de las obras de Galeno y Avicena, crea un sistema, conjunto monstruoso de los mayores absurdos que la razon forjara en su orgullo por rasgar el velo de lo porvenir, por penetrar en el fondo de lo desconocido absoluto, escorias de la humanidad que, arrastradas por el tiempo, se detienen frecuentemente con iguales ó distintas formas en algunos puntos de su tortuosa corriente.

En medio del cúmulo de errores que distingue al alquimismo teosófico, brillan no obstante dos puntos luminosos que lo hacen digno de especial mencion. El uno es el espíritu de independencia y originalidad con que el audaz reformador alcanzó derribar de su pedestal á Galeno y Avicena, ídolos carisimos del arabismo y escolasticismo, franqueando asi, sin advertirlo, las puertas de las escuelas al Hipocratismo renaciente, y dejando espedito el paso á la medicina tradicional para que pudiese recorrer la nueva senda filosófica. El otro es su fábula del *arqueo*, de

este principio de vida, genio, espíritu vital, cuerpo sidérico, que produce, segun su autor, todas las metamórfosis que ocurren en la naturaleza química de los humores y cura las enfermedades; creacion fantástica, que desenvuelta y perfeccionada mas tarde por Van-Helmont, ha sido el punto de partida de la mayor parte de los vitalismos didynámicos modernos.

El período histórico del renacimiento, como de transicion, fué violento y borrascoso. La imitacion servil y ciega del pensamiento antiguo que constituyó, en general, su carácter distintivo, trajo en pos de sí, como resultado preciso, una fermentacion general de los espíritus, que hizo necesaria en el campo de la filosofía, de la literatura y de las ciencias una revolucion completa y definitiva. A pesar no obstante de sus condiciones desfavorables al progreso de los conocimientos positivos, la medicina dió un paso notable en la via de su regeneracion.

Las traducciones, esposiciones y comentarios que de la griega hicieron los médicos mas ilustres de esta época, forman un monumento imperecedero de su historia moderna y el punto de partida de que arrancan sus legítimos adelantamientos. Esa pasion por los clásicos griegos; esa tendencia general de los espíritus á los estudios bibliográficos; ese afán solícito en buscar los manuscritos originales que yacian sepultados en el polvo de las bibliotecas monacales, satisfizo una necesidad profunda del espíritu, ya sentida algun tiempo, y que tocara á su máximo en esa época de regeneracion intelectual.

La nueva era filosófica que inician y forman Bacon y Descartes, abren á la medicina filosófica mas luminosos y dilatados horizontes. De hipocrática pura, hipocrático-escolástica y alquímico teosófica en el renacimiento, se transformó sucesivamente, durante el curso de la primera época filosófica moderna en varios sistemas que, si faltos de originalidad en el fondo, la tuvieron sobrada en sus formas. El quimismo vitalista, el quimismo y mecanicismo materialistas, el Hipocratismo, el solidismo vitalista, el anatomopatologismo, el animismo, el eclecticismo, Van-Helmont, Sylvio, Borelli, Sydenham, Baglivio, Morgagni, Stahl,

Hoffmann, Boerhaave, he aquí sintetizado el movimiento filosófico de la medicina del siglo décimo séptimo.

Detengámonos aquí; seános suficiente este imperfecto boceto, que del curso de la idea médica antigua en sus relaciones con la filosófica hemos trazado á grandes rasgos, para que nos sirva de lazo al estudio analítico de la moderna, en la que se ha fijado especialmente el nuevo catedrático en su notable trabajo de crítica filosófico-médica.

III.

Los sistemas médicos no espresan esfuerzos aislados, accidentales é imprevistos del genio para cambiar arbitrariamente la faz de la ciencia, sinó la necesidad imperiosa, de creencias, sinó el poderoso influjo de las nociones doctrinales y filosóficas. Vanamente se ha declamado en todos tiempos contra el espíritu sistemático, contra las teorias. Los que tal hacen olvidan que estas son las fórmulas necesarias de todo conocimiento impuestas por las leyes de nuestro espíritu, y de las que nadie puede prescindir só pena de estraviarse en las oscuras y desiertas regiones de la duda, ó de caer en un empirismo grosero. El indiferentismo y escepticismo médicos, reduciendo toda la ciencia á pura fenomenalidad, privándola de la luz que sobre ella difunde una sólida doctrina y de la que ésta á su vez proyecta en el arte, anulan la práctica, ó la esterilizan y hacen perniciosa. Por fortuna de la ciencia y de la humanidad dejan de ser tan graves y trascendentales los errores del escepticismo por la notable contradiccion en que incurren sus secuaces. El escéptico parte de la duda y termina en una afirmacion, niega la ciencia y ejerce el arte, protesta contra las teorias y razona su práctica, y, en suma, la inconsecuencia, una de las humanas miserias, llega á atenuar otras mas grandes, la preocupacion, el fanatismo, el error.

Demostrada la necesidad de una doctrina médica como ley indeclinable de todo conocimiento, bosquejadas imperfectamente las varias soluciones que diera la antigüedad al

problema de la ciencia del hombre como ser orgánico, veamos, con mayor detenimiento, las que ha propuesto la época moderna, por si alguna ha acertado á comprender mejor el grande y elevado objeto de la medicina en sus legítimas aspiraciones del presente y del porvenir.

Tres sistemas principales aspiran á dominar en la ciencia moderna, el materialismo, el vitalismo di-dynámico y el mono-dynámico; y todos, por partir de principios esclusivos, poseen tan solo una parte de la verdad científica fundamental: vamos á probarlo.

La idea médica materialista tuvo su origen en la escuela jónica. Thales, Anaxímenes y Heráclito, incluyendo al hombre en la gran síntesis del Universo, esplicaron sus fenómenos por el que suponian principio creador de todos los objetos sensibles; y el agua, aire y fuego, respectivamente, les revelaron su razon causal, su naturaleza íntima.

Desarrollo de la escuela jónica fué, como es sabido, la de Leucipo y Demócrito. En ella los átomos, cuyo atributo esencial era el movimiento de tal suerte que por si mismos entraban en accion, formaban todos los cuerpos y el mundo, combinándose entre si segun ciertas leyes inherentes á ellos.

Esta filosofía de la naturaleza, teniendo por esclusivo objeto el estudio de los fenómenos en si con esclusion de sus relaciones y refiriéndolos á una causa sensible, fué sensualista. El alma humana, modificacion del aire ó del fuego, dejó de ser espiritual en la escuela jónica, que absorvida toda en la contemplacion del mundo lo consideró como á Dios: ved aquí Señores al materialismo y al panteismo en su infancia.

La medicina, cultivada como ciencia independiente, recibió por vez primera las inspiraciones de esta filosofía en la escuela de Cnido. El estudio de la fenomenalidad patológica fijó toda su atencion, y, desentendiéndose de toda teoria, llevó á la práctica un empirismo infecundo.

La escuela de Alejandria fué en parte materialista. Su dogmatismo, basado en la teoria del pneuma y de los áto-

mos, dando toda la importancia á la lesion de los sólidos, como su empirismo á la observacion de los sintomas, revela el predominio del esperimentalismo jónico sobre la síntesis platónica y la análisis peripatética, cuya atmósfera ideológica respiraron y de cuyo espíritu se halla impregnado el primero. La escuela anatómica y empírica modernas parten legitimamente de la célebre escuela de los Ptolomeos.

Desenvolvimiento esclusivo del Epicurismo médico de Erasístrato en la escuela de Alejandria fué el atomismo de Asclepiades de Bythinia y la teoria del *strictum, laxum, et mixtum* de su célebre discípulo Themison de Laodicea. Ambos sistemas surgieron á impulsos de la filosofía griega materialista, que, hallando en el espíritu, carácter y costumbres de la sociedad romana terreno suficientemente abonado, creció y se levantó poderosa á los cantos de Lucrecio su regenerador entusiasta: «todo en la naturaleza, dice este filósofo poeta, se reduce á dos cosas materia y espacio:»

Omnis ut est igitur per se natura, duabus
Consistit rebus; nam corpora sunt et inane.

(Lucret. De rerum natura. Lib. 1.° Vers. 420, 421.)

La filosofía médica materialista sufrió un prolongado eclipse en la série de siglos que constituye el período histórico llamado de la Edad media, para lucir de nuevo con mas vivos fulgores al advenimiento de la filosofía moderna en brazos de Bacon y Descartes.

Sylvio de Le Boe, depurando la idea química del teosofismo y la cábala de Paracelso y del vitalismo fantástico de Van-Helmont, fué el autor del quimismo médico absoluto en su primera manifestacion. Para este médico, por varios conceptos distinguido, la verdadera fuente de todos los fenómenos vitales fisiológicos y patológicos es la accion y reaccion molecular de los humores: principio sobre el que erigió su sistema médico, sobre el que fundó su doctrina.

La idea químico-médica fué prontamente sofocada por

la mecánica y matemática á cuyo desenvolvimiento contribuyeron eficazmente la física de Galileo, el descubrimiento de la circulacion de la sangre, el entusiasmo de la época por las ciencias físicas y matemáticas, los trabajos de Sanctorio y la filosofía Cartesiana.

Bellini supuso que el cuerpo humano no era otra cosa que un conjunto de máquinas movidas por los fluidos con tendencia á producir un mismo resultado, y que sus funciones, fuera de las que manifiestamente produce la voluntad, se ejecutaban por movimientos necesarios que se sucedian en los órganos desde que comenzaba la vida; y Bernouilli, exagerando esta idea, aplicó á la medicina el cálculo diferencial é integral y la teoria de las curvas, para resolver con su ayuda el gran problema del mecanismo viviente.

El materialismo médico de la antigüedad y de la primera época moderna se distinguen tan solo en que el primero admite, con Empédocles, Heráclito, Platon y otros filósofos, la actividad intrínseca de la materia; mientras que el segundo, en una de sus manifestaciones mas importantes, la considera pasiva con Aristóteles y Descartes.

Asi, para el mecanicismo, la materia orgánica se considera solamente como estensa y provista de un movimiento comunicado por un agente esterior desconocido; mientras que la iatro-física é iatro-química, concediéndole á aquella una actividad intrínseca y uniforme, ya la cree capaz unicamente de producir alteraciones mecánicas que luego se convierten en los demás fenómenos, ya refiere las funciones vitales á las fuerzas químicas.

Llegamos al materialismo médico de nuestros dias, desarrollo y perfeccionamiento de la idea química y solidista del período anterior bajo la pesadumbre del sensualismo de los Lockes y Condillac. Y el organicismo de Rostan, síntesis la mas perfecta y esclusiva de la doctrina anatómico-patológica, que creara Bonnet, que desenvolviera Morgagni, y que perfeccionaran Bichat, Bayle, Mekel, Laennec, Corvisart, y otros patologistas distinguidos, nos ocupará en primer término.

Estraño parecerá, quizá, que, tratándose de los siste-

mas materialistas modernos, no tratemos de fijar la atencion en las ideas de dos médicos célebres que ocupan un lugar preferente en la historia filosófica del sensualismo de principios de nuestro siglo; ya habreis adivinado sus nombres, es de Cabanis, es de Broussais de quien hacemos referencia. Y la razon es óbvia, ni uno ni otro pertenecieron como médicos, contradiccion notable, á ninguna de las sectas materialistas, antes al contrario fueron vitalistas, hipocrático aquel, fisico-ontológico este; pero como psicológos, como filósofos, su materialismo rayó muy alto, negaron el alma espiritual, negaron á Dios. Hecha esta salvedad, prosigamos.

El organicismo, deciamos, es la forma mas esplícita y concreta del materialismo médico actual, y Rostan su gefe mas distinguido y autorizado. Este sintetiza la idea fundamental del sistema en su primera proposicion: «No existe ni puede existir en la economia animal viva otra cosa que órganos y funciones: las funciones no son otra cosa que órganos en ejercicio; todo lo que no sea órgano, principio de órgano, efectos de órgano, es nada para el médico.»

La otra sistematizacion de la idea médica materialista es el neo-quimismo. Gran número de médicos contemporáneos, siguiendo á Reil, Mialhe, Robin y Verdell, reducen los actos vitales á una série no interrumpida de reacciones químicas, fenómenos catalíticos y de composicion y descomposicion, que deben su especialidad á circunstancias accidentales, á una constitucion propia del organismo.

La disposicion particular de la materia es, pues, en ambos sistemas la causa de la vida, sus fenómenos el efecto. La propiedad de producirlos puede llamarse vital, pero en rigor es orgánica, accidente ó modo de ser de los órganos. La materia es activa por si misma y por sus diversas disposiciones y combinaciones dá lugar á fenómenos diferentes. Los actos vitales, en suma, no forman una especie particular, y si la admiten es provisionalmente, atendiendo al estado actual de los conocimientos, pero esperando siempre el momento de refundirlos en la química, la física y la mecánica.

A poco que se penetre con el escalpelo de la crítica

en las entrañas de estas concepciones, relucirán al punto los vicios de su organizacion y la carcoma de envejecidos errores. ¿Qué es la materia? ¿Es por ventura la primera *entidad* genérica de Aristóteles, es decir, aquella que no tiene por si misma determinacion particular en su existencia pero que está dispuesta á recibirla? ¿O acaso el *paradigmo* de Platon, uno de los dos seres abstractos que constituyen todas las cosas segun su sistema? ¿O lo que ocupa estension y es inerte de la filosofía cartesiana? ¿O, finalmente, lo que es estenso, figurado, impenetrable, colorado, divisible, pesado, lo que, en suma, hiere nuestros sentidos, segun el general sentir de los modernos? De todos modos resulta, que la idea de materia en la antigüedad y en la edad moderna no espresa ó representa un objeto del conocimiento sino un *substratum*, una entidad, la esencia de los atributos de los cuerpos, ó el conjunto de estos. Pero hay mas; en los conceptos trascriptos se dá una idea mas ó menos racional de la materia toda vez que implican distincion de lo que no la es. Sí, pues, para el materialismo la materia es *todo*, ó causa y efecto de si misma, no la distingue de nada y por consiguiente ignora lo que es materia.

»El que no distingue la materia de alguna otra cosa, dice muy acertadamente el Sr. Nieto, (*) no la asigna carácter alguno positivo; si nada niega á cerca de ella, nada afirma tampoco. Su materia es la nada de conocimiento, es el caos: ¡concepto bien lejano á la verdad del que debiera representar el rico y variable conjunto fenomenal del mundo en que vivimos! La materia universal, la materia que todo lo es y de nada se distingue, es un pensamiento vacio, un pensamiento de nada, que solo por una ilusion del entendimiento puede parecer algo.»

Empero, los materialistas contestan á estos raciocinios irrebatibles, á estas verdades de sentido comun, á estos axiomas, con un sofisma que hiere el corazon de su dogma y que se convierte en prueba corroborante de lo que decimos. La materia, dicen, es ciertamente la sustancia

(*) Siglo médico, núm. 470.

habiendo recogido abundantes frutos y alcanzado importantes resultados.

En este terreno le aceptamos gustosos sus hechos, sus esperimentos, sus medios de investigacion y verificacion, todo, en suma, cuanto útil y provechoso ha aportado á la ciencia y al arte su estudio é importantes trabajos sobre lo fenomenal y concreto del organismo. Mas aún, el propio concepto de materia, no abstraido del conocimiento en que se dá ó con la debida limitacion, le creemos necesario en toda concepcion médica que aspire legítimamente á la mas lata comprension de los fenómenos vitales, que desee dar una solucion racional y aceptable para el presente y porvenir al difícil problema de la vida humana.

III.

El vitalismo nació en la escuela de Cos. Su raiz filosófica no pudo hallarse bien definida en la primera edad de la filosofía, toda vez que aun no se concibiera la existencia de séres inmateriales; pues, cuando mas, se concedia tan solo á los cuerpos sutiles y fluidos, como el aire, el fuego ó el vapor de este elemento, el poder oculto de comunicar el movimiento y la vida á cada animal y que se disipaba á su muerte. Su legítimo origen, su verdadero punto de partida fué la escuela de Crótona, y Pitágoras el primero de los filósofos conocidos que admitió mas de un alma en el hombre. Proclamó, en principio general, que el alma humana era la armonía del cuerpo viviente, y que estaba nutrida por la sangre y fijada por las arterias, venas y nervios como por otros tantos lazos; y distinguió un alma mortal que tiene partes, y una racional é inmortal que, emanada de Dios ó del alma del mundo—armonía del Universo,—volvia á él despues de haberse purificado en diversas trasmigraciones. El Pitagorismo, negando á los cuerpos por sutiles que fuesen la actividad intrínseca, no admitió por principios de sus movimientos sino armonías, números, ó séres puramente inteligibles.

Lleguemos á Sócrates y con él á esa nueva era de la filosofía en que, dejando de ser esclusivamente de la naturaleza, la convirtió con el poder de su génio en moral, social, y humana. Purgándola de las hipótesis físicas y astronómicas, materialistas é idealistas de las escuelas jónica é itálica, colocó su punto de partida en el pensamiento humano, é hizo el fundamento de toda ontológia legítima á la psicológia.

Su método consistia en desenvolver el pensamiento científico aun en las cosas de leve importancia, y en examinarle por todas sus fases y combinaciones posibles. Partiendo de ideas generalísimas, consentidas por todos, pasaba á la idea intermedia, demostraba con cuales se podia coligar la cuestion propuesta y con cuales no; y asi de una primera concesion venia por inducciones á obligar á otra que no se esperaba. De este modo fué el primero que mostró, que toda nocion, por mas que fuese imperfecta, debia contener el concepto de la ciencia.

Representacion genuina de esta elevada filosofía fué el Hipocratismo. Y el *nosce te ipsum*, aplicado por el fundador de la medicina filosófica al estudio del hombre como sér orgánico, creó esa síntesis médica, esa vasta concepcion, donde se refleja la profundidad del génio que tambien supo leer é interpretar el gran libro de la naturaleza humana, y que, purgada de sus errores, ha pasado incólume hasta nosotros desde la olimpiada octogésima.

No es nuestro intento hacer aqui una análisis de la doctrina hipocrática, puesto que ya la hicieramos detenida en otro escrito. (*) Lo que si nos cumple consignar en este cual es su principio, á fin de legitimar la asercion de que el orígen de los sistemas vitalistas se remonta á la escuela de Cos.

Entre los axiomas hipocráticos, el que sobresale por su importancia y trascendencia, el que imprime carácter á todo el sistema, el que liga toda sus partes en vasta síntesis, es el referente á la sustancia activa que impregna el organismo—*enormon, cálido innato*—la que le imprime

(*) Estudios de filosofía médica.

el movimiento—*impetum faciens*—y la que, dotada de la triple facultad de crearle, conservarle y curarle, forma con sus partes materiales la unidad viviente. La *naturaleza medicatriz* es, pues, la base de la medicina hipocrática; ella es la que cura las enfermedades, debiendo limitarse el médico á moderar sus esfuerzos, á escitarlos, á ser su atento espectador, cuando son bien dirigidos, ó á contrariarlos si dañosos.

A esta primera concepcion vitalista, ó sea al *naturismo*, sucedió el *pneumatismo*. La sustancia aeriana é inmaterial de Platón, el *pneuma* ó alma del mundo de Zenon y de Aristóteles, fué su base. Atheneo consideró este espíritu como la causa animadora y conservadora por excelencia del organismo, la que le dá el impulso vital por el intermedio del corazon y las arterias, la que determina la salud y las enfermedades, la que, en fin, cura á estas.

Empero, dejando tan remotas épocas de la ciencia, vengamos al principio de la moderna, que se inaugura tambien con un sistema vitalista, cuyo carácter di-dynámico se ostenta bien definido. Van-Helmont fué su autor, él admite un principio de vida activo é inteligente, esencialmente distinto, como principio, de las fuerzas físicas y químicas y del alma pensadora, á quien llamó *arqueo*. La historia fantástica de esta entidad, por absurda que á simple vista aparezca, encierra no obstante la nocion de los diversos modos, de las múltiples manifestaciones de la fuerza vital. De aquí, que bebiesen en ella sus inspiraciones los Hoffmann, los Cullen, los Bichat y los Barthez.

La teoría de Baglivio del sólido vivo, la del pneuma y espíritus vitales de Atheneo, de Sylvio y Borelli, y la mecánica de Harveo, se resúmen en fórmula mas concreta en las de Hoffmann y Cullen. Estos célebres médicos consideraron la vida como propiedad general de la materia; y, sin destituir á la organizada de las inorgánicas, elevaron á estas á la categoria de vitales, sometiéndolas al poder de un fluido sutíl, cuya existencia, composicion, orijen, curso y distribucion, dieron por demostrado; ó en otros

términos, concedieron la facultad de vivir, no á la materia grosera, sino á la ténue é impalpable, á la etérea y eléctrica, al *espíritu y fluido nervioso.* Lo erróneo y contradictorio de ambas hipótesis resalta á su simple lectura. Suponer del dominio del conocimiento la esencia de la materia con la actividad vital por principal atributo, creyendo que esta radica en uno de los fluidos llamados imponderables por los físicos modernos, es la pretension mas absurda de la filosofía natural. ¿Por ventura se sabe si aquellos son cuerpos ó fuerzas?; y en cualquiera de los dos supuestos, ¿no resultaria siempre un desconocido, figurando en primer término como la causa de todos los fenómenos vitales?

Estas primeras ediciones modernas del vitalismo materialista se han reproducido en gran número, corregidas y aumentadas, en la segunda, y de cuyas variantes no podemos ocuparnos por no traspasar el objeto y límites de este discurso. Empero, tenemos sí que fijar algunos momentos nuestra consideracion en una célebre escuela médica de Europa, representante la mas autorizada del vitalismo di-dynámico en toda su pureza, de la escuela de Montpellier.

Barthez fué su fundador. Hombre de ciencia y de génio formó una vasta síntesis sobre el dogma de la doctrina hipocrática—la autocracia del organismo—en la que comprendió, con sus elucubraciones, todos los adelantamientos de la ciencia médica. A la *naturaleza*, al *enormon* de la escuela de Cos, sustituyó su *principio vital*, causa primera de la vida, que la sostiene durante cierto tiempo en virtud de sus leyes propias y que, dotada de facultades especiales, determina todos los fenómenos que presentan los cuerpos vivos.

Esta teoría, desenvolvimiento del vitalismo ontológico de Van-Helmont en la esfera filosófica, es la mas vasta y esclusiva aplicacion del método analítico al estudio de los fenómenos, de las leyes y de las causas vitales, la fórmula mas genuina de la medicina vitalista en los tiempos modernos.

Nada mas adelantamos de esta elevada concepcion por-

que queremos presentarla amplificada y depurada en gran parte de sus errores y contradicciones por el sucesor de este ilustre médico el profesor Lordart. Hé aquí sus fundamentos.

Hay en el hombre un dominio y un doble propietario. El dominio es el agregado material, la organizacion: el doble señor la fuerza vital y el alma pensadora que, acordes, desempeñan el grande acto de la vida. Lo primero que cumple la fuerza vital es animar el organismo; lo segundo, formar sus fieles servidores, los órganos. Cuando todo se halla dispuesto, segun el órden de la naturaleza, entra el alma á funcionar en el seno del cuerpo á quien anima y el hombre es libre.

La fuerza vital obra sin saberlo, y no obstante marcha á un fin determinado, al fin de su naturaleza. Ella vence el obstáculo, repara sus pérdidas, conserva y sostiene la mansion del espíritu. El alma, al contrario, no tiene en la materia mas que aptitudes, y no llega á saber ciertas cosas sino por el estudio, la esperiencia y una reflexion lenta. La fuerza vital, ó el espíritu de vida, se agota y estingue con los años; la fuerza intelectual, al contrario, se perfecciona con el tiempo, nunca envejece ni menos muere; desaparece á la muerte del cuerpo para cumplir su inmortal y providencial destino,

En resúmen, los principios generales de la escuela de Montpellier son estos:—la vida es la causa de la organizacion;—la medicina es la ciencia de los hechos vitales, de las causas morbíficas y de las fuerzas medicatrices en sus luchas contrastantes;—la salud y la enfermedad son las dos grandes espresiones de la vida;—la enfermedad es un acto conservador, una série de funciones necesarias, un esfuerzo synérgico y medicador que desde luego importa respetar, para estudiarlo en seguida y dirigirlo convenientemente despues;—las lesiones orgánicas, las alteraciones de estructura, son efectos secundarios, accidentales, subordinados enteramente al movimiento general;—por último, la naturaleza y no el médico es quien cura las enfermedades.

Tal es resumida la historia del vitalismo en su forma mas antigua ó sea la *di-dynámica*. La existencia en el hombre de dos fuerzas primitivas, presidiendo una los fenómenos del órden orgánico—principio vital,—y otra los morales é intelectuales—alma,—fué reconocida, como digeramos, por Pitágoras, Platón, Zenon y Aristóteles, y por Hipócrates y Atheneo. Más, los filósofos y médicos del paganismo no pudieron distinguir clara y precisamente la naturaleza de ambos principios causales, estando reservado hacer esta distincion á los filósofos y médicos cristianos. San Pablo y San Agustin, entre los primeros, Van-Helmont, Barthez y Lordat, entre los segundos, pusieron límites á la fisiológia y psicológia, trazándole á cada uno su órbita respectiva.

Ahora bien; ¿el vitalismo di-dynámico satisface las aspiraciones legítimas de la ciencia, y las necesidades y exigencias del arte? Por sensible que sea decirlo, estas concepciones, por otra parte las mas comprensivas, las mas elevadas, las mas conformes con la naturaleza de los fenómenos orgánicos, el sentido comun y la dignidad humana, entrañan tambien, como las materialistas, contradicciones palmárias, cometen, como estas, iguales errores.

Importa consignar que no es idéntico el origen filosófico de la doctrina di-dynámica antigua y moderna. Aquella nació de la síntesis platónica, ésta de la análisis baconiana, la primera: abstrajo el conjunto fenomenal de la vida, lo personificó en un sér desconocido, le concedió la prioridad en el organismo viviente, le dotó de facultades creadoras, conservadoras y curadoras; la segunda, por una induccion de los hechos vitales, admitió causas necesarias, especiales y generales de estos allí donde creyó hallar su límite, su diferencia y contradiccion, abstrayéndolas á su vez de la síntesis total y dándoles con Bacon el nombre fascinador de causas esperimentales. Hé aquí porque nosotros hemos denominado en otro escrito (*) vitalismo sintético al uno y analítico al otro.

Si el materialismo médico incurre en un error meta-

(*) Estudios de filosofía médica.

físico el abstraer el concepto de *materia* de la síntesis fenomenal orgánico-vital para considerarla causa segunda ó primera de sus leyes, el espiritualismo en su forma di-dynámica le comete igualmente, abstrayéndole el de fuerza ó actividad, y ambas doctrinas convierten sus abstracciones en séres reales si desconocidos en su esencia. Las ideas de materia y actividad son puras concepciones *á priori*, como las de espacio y tiempo, definito é infinito, de indentidad y diferencia; pero que implican relaciones mas ó menos necesarias sin las que serian inconcebibles. Asi la idea de espacio encierra necesariamente la de fenómenos esternos, como la de tiempo, la de cambios ó mudanzas; la primera, nos representa la estension ó los cuerpos con sus dimensiones; la segunda, la actividad que imprime los cambios, en su realizacion y sucesivo desenvolvimiento, á los hechos del mundo físico ó moral. Pues bien, las concepciones de materia activa y de fuerza vital, no siendo mas que puras abstracciones que resultan de la asociacion de ideas empíricas y racionales, para que tengan valor científico han de espresar relaciones de fenómenos. Si, por el contrario, se hace, con los vitalistas, de la actividad vital un sér, una sustancia, una causa primera y especial, un individuo aislado é independiente de la esterioridad donde ejerce sus modificaciones; ó con los organicistas, se convierte la materia en causa sustancial y generadora de los cuerpos vivientes, confundiendo su fenomenalidad propia con la de los inorgánicos, se introduce en la ciencia un elemento que no le pertenece, toda vez que el conocimiento de los séres en sí, absolutos, ó de las sustancias, son del dominio de la fé, pertenecen á la creencia humana.

Y no serian deplorables estos errores filosóficos sinó recayesen sobre una ciencia de aplicaciones tan importantes como la medicina, y no afectasen sus principios radicales. Asi hemos visto que el organicismo, elevando á la categoria de causa en sí á la multiplicidad, se fija tan solo en el estudio de lo particular; olvida ó desprecia la síntesis vital, los lazos armoniosos que unen las actividades especiales de los órganos, la reaccion en una palabra; no vé mas que lesiones materiales, afectos locales, influencias esternas y cambios físicos, poco menos que pasivos, de las partes;

en suma, reconoce el poder absoluto del arte, aunque todavía bastante limitado, para curar las enfermedades. De aquí que lleve este sistema á la terapéutica el especificismo, el empirismo y el escepticismo.

La doctrina vitalista, al contrario, convierte la unidad viviente en causa primera, la idoliza en dos fuerzas, y sacrifica en el altar, de la que en su concepto preside los fenómenos orgánicos, todo lo variable, múltiple y finito. Por esto su nocion de enfermedad se funda en la idea de una reaccion de la vida ó del principio vital contra las causas morbíficas; reaccion que desenvuelve una série de fenómenos determinados por su naturaleza, asiento y duracion, con tendencia á un fin, la supresion de las causas y sus efectos, y que supone la dependencia de estos fenómenos —alteraciones funcionales y orgánicas, ó afeccion, accion de la causa y reaccion de la vida. Su terapéutica, descansando en la autocracia del organismo, se impone límites tanto menos estensos cuanto menos concede á los fenómenos inorgánicos. Finalmente, en la ciencia limita este sistema demasiado el campo de las investigaciones esperimentales; como en el arte, concediendo el primer lugar á la inspiracion, establece la medicina espectante en los males agudos y la perturbadora en los crónicos.

IV.

Trazado á grandes rasgos el cuadro de la doctrina vitalista en sus fundamentos científicos, en su raiz filosófica y en su forma generalmente aceptada, la di-dynámica, lógico parecia que nos ocupásemos á continuacion de la monodynámica ó anímica; doctrina que, formulada científicamente por Stahl á principios del pasado siglo y muy pronto olvidada, renace en nuestros dias con mas vigor, depurada en lo posible de los errores que oscurecían la del célebre profesor de Halle, en los escritos de médicos eminentes por su ilustracion, por su talento y por la elevacion de su juicio. Empero, desistimos ocuparnos de ella en este escrito, entre otros motivos valederos, por la grande estension

que reclama la crítica de un sistema que, á la legitimidad del principio en que descansa, se junta la importancia científica de sus actuales sostenedores los Sales-Girones, los Lucas y los Tissot.

Mas no abonan iguales razones que nos eximan esponer, si ligeramente, estas otras manifestaciones históricas del di-dynanismo, la theista, la naturalista y la panteista.

El theovitalismo, ó sea la hipótesis de la accion inmediata de Dios en la formacion de los séres organizados, es quizá la mas antigua. Se halla formulada en la infancia de la civilizacion y en el período teocrático, y es la creencia de los teólogos de todos los tiempos que esplican los fenómenos físicos por causas sobrenaturales. En nuestra época tiene su representante esta idea en el Sr. Gruyer: veamos en que términos la desenvuelve.

«Si nos paramos á considerar una máquina mas ó menos complicada é ingeniosa resultado de la combinacion de las ideas del hombre, como por ejemplo un relox de repeticion, reconociendo desde luego que debe tener una causa final fuera de la materia, que es la obra de un sér inteligente que se ha propuesto de antemano un fin determinado, y que, al construirla, ha dispuesto sus materiales para alcanzarle, dando así á su conjunto una propiedad final que ninguno de ellos tenia separadamente, nos veremos obligados á convenir, no solamente que el obrero que la hizo diria con nosotros que su obra no está fundada sino en las propiedades de los diferentes cuerpos que la constituyen, que estos no son sino agregados de átomos, que sus propiedades derivan mas ó menos directamente de las de estos átomos (comprendiendo en ellas las del calórico si se le concibe como un fluido distinto de la materia propia de los cuerpos), sino tambien, que todos los movimientos que se egecutan, que todos los fenómenos que tienen lugar en esta máquina, no reconocen en definitiva otras causas mas que acciones de la materia sobre la materia.—¿Por qué, pues, no seria lo mismo de los fenómenos vitales, si es cierto, como creo por buenas razones, que, hecha abstraccion del alma como debe hacerse, los

séres organizados no son mas que cuerpos de una constitucion particular cuyas propiedades y leyes deben ser por lo mismo distintas de la de los cuerpos brutos, y que por consiguiente deben dar lugar á fenómenos diferentes de los físicos propiamente dichos?» Y mas adelante añade:—«Puede Dios, y puede solo, organizar la materia, ya directamente, ya por el intermedio de otro principio del que no se concibe tenga necesidad.» *(Ojeada sobre el vitalismo,* 1858, *pp.* 28, 29 *y* 43.*)*

Lo que quiere decir: que Dios es el principio organizador de todos los séres vivientes; que solo él puede organizar la materia; que no tiene necesidad para hacer esto de ningun otro principio, y que, una vez formado el organismo, se constituye la razon de todos sus actos vitales.

Pocas razones bastarán á demostrar lo inadmisible de esta doctrina. Reconociendo por base una fuerza organizatriz sobrenatural, que escluye en su virtud toda causa segunda de los fenómenos orgánicos, y no admitiendo otro principio distinto de la materia que el alma con el pensamiento por esclusivo atributo, viene á ser la última espresion del ontologismo médico—el teológico ó místico,—y le es aplicable cuantas observaciones hemos hecho á los ya examinados. Además, esplicar la vida orgánica por propiedades mecánicas ó vitales de la materia, disposicion particular de la creacion, es hacer una llamada á los animales máquinas de Descartes y á la hipótesis subsidiaria de la *premocion* física.

Finalmente, el theovitalismo es una hipótesis posible en el terreno de la creencia, pero inadmisible en el filosófico por faltarle el carácter de necesaria que le daria la imposibilidad absoluta de esplicar la vida por causas segundas. Hacer, pues, intervenir á Dios inmediatamente en la produccion de cada ser organizado es negar al mundo orgánico las leyes de su existencia y duracion, es referir la ciencia á la causa primera, que, por esplicarlo todo en general, no dá razon de lo particular ó fenomenal de que tan solo aquella conoce; es, en suma, caminar presuroso al panteismo. Es cierto que el Sr. Gruyer, huyendo de este error, no niega las causas segundas, inclinándose á conceder á la ma-

teria una propiedad organizadora; lo que en último término le llevaria ora al materialismo, ora al vitalismo.

En oposicion á la especie de misticismo médico anteriormente espuesto puede colocarse el naturalismo vitalista; esto es, las teorías que refieren á uno de los fluidos, llamados imponderables, la causa inmediata ó instrumental de los actos vitales orgánicos bajo la influencia del alma. Las de los Sres. Murat y J. Guyot tienen este carácter: presentemos su resúmen.

«Para mi, dice el primero, existe una fuerza que ejecuta los fenómenos orgánicos del agregado y concurre á la manifestacion de los que deben ser especialmente dichos vitales. Esta fuerza no es otra que la fuerza nerviosa, el fluido eléctrico, modificado por la potencia viviente, y que debe ó puede ser considerada como constituida por un principio activo, inmaterial por consecuencia, que tiene por apoyo la materia en su estado elemental. Este es el principio de actividad de la materia bruta, agente de todas sus transformaciones, que, entrando con ella en la esfera de la vida, produce la constitucion orgánica ú organizada bajo la impresion y direccion inteligente, aunque inconsciente, del álma» *(Revue medicale. Feb.* 1859.)

La del segundo se sintetiza en estas proposiciones.

1.ª «El calor es la causa próxima y determinante de la vida y formacion de todos los séres organizados.»

2.ª «Ningun sér viviente llega á organizarse sino bajo la influencia de un grado definido de calor, siempre el mismo para una misma especie, aplicado durante un tiempo tambien determinado.»

3.ª «Ningun sér organizado se mantiene vivo mas que á condicion de sostener en su interior el mismo grado de calor que le diera nacimiento.»

4.ª «Todas las funciones, propiedades y fenómenos vitales emanan de la temperatura propia del organismo por la que son reglados; su actividad es proporcional á su grado de elevacion.»

5.ª «La temperatura propia de los animales es su principio vital material.» (*L' Union medicale; t. IX, núm.* 77).

He aquí dos teorías vitalistas di-dynámicas que se distinguen de las que profesa la escuela de Montpellier en que se determina la naturaleza del principio vital, en que se le materializa identificándolo con dos fuerzas ó cualidades de la materia—la electricidad y el calórico.—Y decimos esto, porque, ó estos agentes son sustancias distintas de la materia ó meros atributos de ella; si lo segundo, la materia es la verdadera fuerza y se ontologizan simples cualidades de esta; si lo primero, quedaria por averiguar si en los cuerpos organizados constituye su condicion y no su instrumento. Mas, si las fuerzas vitales se resuelven en las generales de la naturaleza se hacen inesplicables las individualidades orgánicas y sus diferencias especiales, y se admite el naturalismo universal ó el panteismo á que conduce.

Supongamos, empero, que la electricidad ó el calórico sea la causa eficiente de la vida y el instrumento del alma en los actos vitales de organizacion, desarrollo, conservacion, reparacion y medicacion, ¿cuáles son las relaciones entre esta potencia viviente y aquella fuerza vivificante? Esto es lo que no pueden esplicar las teorías en cuestion sin incurrir en graves contradicciones y errores. De lo que resulta, que el vitalismo natural, á pesar de comprometer la idea espiritualista, es tan ontológico, contradictorio y esclusivo como los hasta aqui examinados.

Para completar la historia del vitalismo réstanos decir algunas palabras de la homeopatía, de este célebre sistema, que nacido en el primer cuarto de este siglo, forma todavía parte constitutiva del cuadro heterogéneo, confuso y sombrio de la filosofía médica contemporánea.

Segun este sistema, la enfermedad no es una cosa distinta del todo que vive, es decir, del organismo y de la fuerza vital que lo anima;—todos los males resultan de la alteracion dinámica ó virtual de la vitalidad y se manifiestan por cambios en el modo de sentir y operar el organismo;—el desacuerdo, para nosotros invisible, de la fuerza que anima nuestro cuerpo y el conjunto de los síntomas que esta fuerza suscita en el organismo, que afectan nues-

tros sentidos y representan la enfermedad existente, *forman una sola y la misma cosa;*—la afeccion dinámica del organismo vivo es estinguida de un modo duradero ó permanente por otra mas fuerte cuando esta, sin ser de su misma especie, se le parece mucho en el modo con que se manifiesta;—y, finalmente, las sustancias medicinales no demuestran ni con mucho la totalidad de sus fuerzas ocultas cuando se las toma en estado grosero, tales cómo la naturaleza nos la presenta; ni desarrollan completamente sus virtudes sino despues de haber sido llevadas á un alto grado de dilucion por medio de la trituracion y la succusion, que pone en plena actividad sus fuerzas ocultas hasta entonces y, hasta cierto punto, sumidas en el sueño. La fuerza medicinal desembarazada asi del intermedio inerte de su ganga, vá derecha á la fuerza morbosa, igualmente desprendida del intermedio del organismo, y la destruye inmediatamente.

Hé aquí lo esencial del Hahnemannismo, lo suficiente á caracterizarle bajo el punto de vista filosófico.

Esta concepcion médica se distingue ostensiblemente de todas las de la medicina tradicional en que, de una manera implícita, niega la diversidad de sustancias; axioma reconocido casi universalmente por los filósofos y médicos antiguos y modernos hasta Scheling y Hahnemann.

En ninguno de los sistemas vitalistas que hemos bosquejado, cualquiera que sea su modo particular de concebir la nocion suprema de la vida, esta llega á espresar la totalidad de la síntesis del organismo, sino una sola parte, siquiera sea la mas importante y á la que se estralimita de su carácter de desconocido necesario para imponerle el de conocido relativo. Pero la homeopatía no vé en la objetividad del organismo otra cosa que manifestaciones de su subjetividad vital, en lo conocido la forma de lo desconocido, en lo múltiple, estenso y variable la creacion de lo simple, inestenso é inmutable, en una parte, por último, de la síntesis de la economia viviente la totalidad de la misma. He aquí porque clasificamos este vitalismo de panteístico-espiritualista, inspirado sin duda por la doctrina filosófica de Schelling. Y no somos mas esplicitos

á este respecto porque ignoramos si el célebre médico sajon era mono-dynamista ó di-dynamista.

Empero, cualquiera que sea el juicio que en el terreno filosófico se forme del sistema de las enfermedades dynámicas y de la síntesis de sus manifestaciones esternas, de la esperimentacion pura y la homeopaticidad, de la unidad y especificidad del remedio y de sus dósis infinitésimas, y del poder magnético, siempre resultará absurdo, infecundo y pernicioso en el de sus aplicaciones prácticas, ora por su carácter metafísico que rechaza la verdadera medicina, ciencia de observacion, de esperiencia y raciocinio, ora por la pretension de imponerlo al arte como axiomas inconcusos, como leyes esperimentales absolutas. La espectacion esclusiva, ó como decia Asclepiades del dogmatismo cóaco, la contemplacion de la muerte, es la última razon de la homeopatía á la cabecera del enfermo. Se quieren pruebas de este aserto; algunas pudieramos aducir, sino fuesen impertinentes en este escrito, de las consignadas en el nuestro ya citado.

Basta no obstante lo dicho, y terminemos esta sucinta crítica de la homeopatía, trascribiendo la conclusion de la notable y elevada que de ella hicieran los Sres. Trousseau y Pidoux, con cuyas ideas estamos conformes.

«Concluyamos, la homeopatía, considerada como sistema, no es mas que una reaccion estravagante contra el humorismo y la polifarmácia. Bajo este punto de vista se confunde su orígen con el del fisiologismo. Pero no abandona en realidad las huellas del pasado, antes bien las sigue con mas fidelidad que ninguno de los sistemas que pretende destruir, puesto que se funda en la impotencia absoluta de la naturaleza, en la esencialidad de la enfermedad y en el poder absoluto del medicamento, que no distingue del veneno. Bajo este otro aspecto, Hahnemann no es mas que un profeta de lo pasado, como lo son todos los demás *esencialistas* y todos los *especificistas*. Tal es, en efecto, el carácter que distingue lo que podria llamarse medicina de la *edad media*, que no debe confundirse con la medicina antigua. La medicina del porvenir ha de ofrecer precisamente el carácter contrario: la restauracion progresiva de la naturaleza, la *desencializacion* cada vez ma-

yor de las enfermedades, asi en la clínica como en las doctrinas, y por consiguiente la ruina de nuestros sistemas de nosológia, y, en fin, el descrédito creciente de las modificaciones específicas. La medicina actual, fase de transaccion, de indagacion de pormenores, de eclecticismo y de escepticismo, es un caos en que se chocan confusamente las dos citadas tendencias.» (*Trat. de terap. y mat. med. trad. esp. ed. V. introd. p.* 79.)

Para completar el cuadro de la idea médica contemporánea vamos á trazar á grandes rasgos sus formas ecléctica y empírica.

El eclecticismo como el empirismo señalan en la historia de la medicina un período de transicion ó de organizacion, que, si cierra por algun tiempo el paso á las especulaciones metafisicas, no tardan estas en abrírselo de nuevo bajo otras formas, pero idéntico carácter.

La medicina actual atraviesa esta época. Háse renunciado, en tésis general, á las ideas esclusivas que refieren á una sola modificacion primitiva del organismo todos los cambios, todas las alteraciones de sus actos morbosos, para sacar de ella las indicaciones terapéuticas. Ya el racionalismo no impera de un modo absoluto en el arte, ni el fisio-patologismo constituye su base esclusiva, desde que se eclipsara el astro de Valde-Grace. Basta, para convencerse de esta verdad, leer atentamente las obras clásicas de patológia de nuestros dias, en las que sus autores, sin apercibirse de ello quizá, hacen y proclaman el eclecticismo.

Empero, esta fórmula científica no ha recibido el sello dogmático, ni se ha declarado esplícitamente, sino por los Sres. Trouseau y Pidoux. Estos ilustres prácticos franceses se espresan de este modo en el prefácio de su excelente tratado de Terapéutica general.

«El principio de terapéutica general, la ley soberana de los buenos prácticos, consiste en la idea de subordinar á la medicacion del síntoma la de la unidad morbosa, cuando esta

no se halla bien determinada y especificada para dominar las otras indicaciones; y de subordinar, por el contrario, la medicacion de los síntomas á la de la naturaleza de la enfermedad, cuando esta presenta tal unidad y tal especificidad que ninguna de sus partes ó síntomas puede separarse, pues, cada una la representa y manifiesta tan bien como el conjunto.» *(p. XXX.)*

Esta doctrina médica, como todas en general, es el eco de un sistema filosófico, el eclecticismo de M. Cousin; doctrina absurda si se erige en dogmatismo, y mas todavía si se trata de imponerla al arte como su única ley, como su solo criterio. El racionalismo ecléctico en medicina no debe confundirse con el eclecticismo racional. El primero, no es en último término otra cosa que la sistematizacion del escepticismo, que la proclamacion de la anarquia y del caos científicos, que la elevacion á principio de la crítica individual mas ó menos independiente y arbitraria, ora aplicada á la eleccion de las verdades adquiridas que atesoran los sistemas esclusivos, ora á las actuales y posibles productos de la observacion y esperiencia. El segundo, por el contrario, es una doctrina que, destituida de todo esclusivismo, debe poseer todos los caracteres legítimos de científica, esto es, método, principios, leyes, creencias, en una palabra, que le sean propias y que constituyan el criterio en la ciencia y la antorcha en la práctica.

El eclecticismo médico aboca al empirismo, mejor pudiera decirse que con él se confunde á juzgar por lo que afirma á este respecto el Sr. Julio Guerin, primer representante moderno de este sistema. Este distinguido escritor sostuvo en una memoria presentada á la Academia real de Medicina sobre el eclecticismo en patologia; *que el método por el cual puede discernirse lo verdadero de lo falso, lo real de lo hipotético en los hechos y opiniones que registran los otros sistemas, es la esperimentacion,*

supremo criterio del médico eclectista. Y no puede menos de presentar esta contradiccion un sistema que intenta mantener igual la balanza entre el fisio-patologismo y el empirismo, al que forzosamente ha de inclinarse en el mayor número de casos que ocurren en la práctica.

Mas la medicina empírica, entendiendo este calificativo en su mas digna acepcion etimológica, ha sido formulada como dogmatismo en la época actual por un célebre médico historiógrafo, por M. Renouard. En su opinion, el criterio filosófico evidente á que debe ajustarse el médico para la solucion del problema científico consiste en estos dos axiomas con su corolario legítimo.

1.° Los objetos sensibles no siéndonos conocidos sino por las impresiones que hacen en nuestros sentidos, nuestro espíritu no percibe en aquellos otra cosa que las sensaciones que escitan en nosotros. 2.° Ninguna operacion corporal ni acto alguno del alma sobre sus propias facultades ó sus ideas podria hacernos concebir la fuerza causal, ó la relacion necesaria que tiene con sus efectos.—Corolario: que en la sucesion de los fenómenos naturales nada nos presenta la idea de causalidad ó de vínculo necesario entre causa y efecto. Pero, cuando es constante una sucesion de fenómenos, estos se suceden porque se hallan encadenados entre sí.

Aplicacion de estos principios al *empiri-metodismo:* ni la fisiológia, ni la patológia, cualquiera que sea el grado de perfeccionamiento que puedan alcanzar, nunca podrán servir de fundamento primitivo é inmediato á la terapéutica. Habrá siempre un vacio, que el espíritu humano no podrá llenar sino á la ayuda de la esperimentacion, entre el conocimiento de una enfermedad y la determinacion de su tratamiento apropiado. Es regla universal de terapéutica: que debe tratarse cada enfermedad por los medios que dieran mejor resultado en casos semejantes, y reconocer á la esperiencia clínica como criterio supremo y definitivo de todo método curativo, acorde con esta máxima trasmitida por los grandes prácticos de todos los siglos: *A juvantibus et lædentibus fit indicatio.*

El empirismo metódico, como sistema esclusivo, es tan

contradictorio é ilegítimo como los otros dogmatismos que hemos bosquejado. En efecto, si se proclaman la esperiencia clínica, como criterio supremo del arte, y las analogías, como su ley general, se hace una protesta enérgica contra toda teoria y toda doctrina, contra la ciencia y la razon que viven en la atmósfera de la sistematizacion, sin reparar, que no obstante, se forma un sistema, un dogmatismo, que, ó se resuelve en el eclecticismo, ó en el escepticismo teórico y empirismo práctico. Y sinó ¿qué empírico racionalista no se ocupa á la cabecera del enfermo, ante todo y sobre todo, de investigar el asiento y naturaleza de la enfermedad de acuerdo con algunas de las teorías conocidas? ¿Cuál de ellos al administrar un medicamento no lo verifica conforme con la idea que de aquella se formara, idea múltiple, toda vez que puede representar la de todos los sistemas conocidos? ¿Y no será esto hacer eclecticismo?

Pero, supongamos el otro caso; supongamos que se desprecian en absoluto todos los sistemas, que no se admiten mas que hechos desnudos de toda esplicacion; ¿en qué, pues, se distinguirá el empirico ilustrado que se circunscribe á esperimentar sin cesar y á aplicar á las enfermedades conocidas remedios conocidos, del panaceista, del charlatan embaucador, ó del indivíduo mas vulgar, que tienen para toda clase de padecimientos, ya universales ya particulares específicos? ¿Y no se llamará á esto hacer rutina?

No hay que torturar mucho la razon, el racionalismo como el empirismo, el esclusivismo teórico como el práctico, conducen de igual modo á la ciencia por estrecha senda, limitan su esfera de comprension, la colocan en lecho de Procusto ó le trazan el círculo de Popilio.

Sin embargo, justo es decir, que en el terreno de las teorias esclusivas, la empírica práctica lleva inmensa ventaja á la empírica teórica; mas aun, que aquella debia preferirse por muchos conceptos á no tener otra solucion mas lógica, mas natural, mas comprensiva, la ciencia que se ocupa en el perfeccionamiento del hombre como sér orgánico.

Natural pareceria que espusiéramos á continuacion

nuestro modo especial de comprender la ciencia médica, propiamente dicha, es decir, su método filosófico, sus principios sus leyes, su doctrina, estos eslabones misteriosos de todo conocimiento, que forman su síntesis, la cúpula de su edificio, su metafísica, su filosofía propia. Empero, ni la índole especial de este trabajo, ni el compromiso contraido en otro análogo cuya publicacion aun no hemos terminado, nos lo permiten. Basta al cumplimiento de nuestro cometido lo dicho, que terminamos resumiéndolo en algunos corolarios.

1.° La verdad médica en el período anti-hipocrático reluce en una práctica tradicional, simple ó grosera, natural ó mística, y en una higiene escrita en los códigos civiles ó religiosos, ó grabada en sus monumentos, usos y costumbres. El ideal médico de esta época lo representa la simple observacion guiada por el sentido comun.

2.° Desde el advenimiento de la filosofía á la medicina ó desde su constitucion científica, la verdad médica, rasgando el velo del mito y derribando la estátua de Esculapio, se escribe en sus anales y se refleja en la humana especie por su mejoramiento físico. El ideal médico del período científico se ostenta en un empirismo ilustrado por la razon filosófica.

3.° Los sistemas médicos surgen, en general, de los filosóficos; el esclusivismo de estos se refleja en aquellos; la razon absoluta de las cosas ó su causalidad, y el principio de contradiccion, objeto y medio de la filosofía, lo aplica la medicina al conocimiento de lo relativo que le pertenece, resolviendo á su vez los problemas vitales con el mismo criterio. De aquí los dogmatismos esclusivos.

4.° Dos célebres escuelas de opuesto espíritu y tendencia aparecen desde el crepúsculo de la medicina, desde su origen científico, la de Cnido y la de Cos; ésta, representante de la idea itálica, es espiritualista, dogma-

tica y mas sintética que analítica: aquella, inspirada por la idea jónica; es materialista, analítica y empírica.

5.° A las escuelas griegas sucedió la de Alejandria. Varios sistemas nacieron de su seno. El empirismo de Philino y Serapion, el dogmatismo de Erasistrato, el metodismo de Themison, el pneumatismo de Aheneo, y el eclecticismo de Arquigénes, traducen ó reflejan bien claramente las distintas aspiraciones filosóficas de Platón y Aristóteles, de Zenon, Epicuro, y Potamon.

6.° El alquimismo teosófico de Paracelso es la genuina espresion del misticismo, que termina la evolucion filosófica de la edad media, y la síntesis de todos los errores, absurdos y estravagancias, de la alquimia, de la cábala, y de la astrología, cuyas pseudo-ciencias aplicara al conocimiento del hombre como sér orgánico.

7.° La imitacion servil y ciega de la medicina griega, que caracteriza al período del renacimiento, y la nueva era filosófica, que inician y forman Bacon y Descartes, abren á las ciencias médicas mas luminosos y dilatados horizontes.

8.° La sistematizacion científica, fórmula necesaria de todo conocimiento, ha seguido en la medicina el curso de la idea filosófica, ha sentido siempre en diversos grados el poderoso influjo de sus doctrinas, ha estado dominada, en suma, por el esclusivismo de sus principios y métodos. Tres son los principales sistemas de la época moderna, el organicismo, el vitalismo y el animismo.

9.° Los sistemas médicos materialistas de nuestra época no son mas que la reproduccion, bajo nuevas formas, de los de la antigüedad y de los siglos XVII y XVIII, esto es, del atomismo y metodismo, del quimismo, mecanicismo y anatomismo.

10.° La idea orgánica y química modernas, ó el organicismo y quimiátria de Rostan y Mialhe, descansan en el dogma de la actividad general de la materia y de sus

propiedades, hasta hoy especiales, como causa de la vida y de sus fenómenos fisiológicos y patológicos. Las deducciones médicas, sacadas de este principio, no representan en la ciencia mas que el ontologismo, el esclusivismo, la contradiccion y el absurdo, y, en el arte, el escepticismo y empirismo. Estos sistemas tienen su raiz filosófica en el Baconismo, y mas especialmente en el sensualismo de Locke y Condillac.

11.° El vitalismo moderno, en su forma di-dynámica, se remonta á Hipócrates, y se define, se desenvuelve y formula, con arreglo al espíritu progresivo de la época, por los gefes mas autorizados de la escuela do Montpellier, por los Barthez y Lordat. Si el materialismo abstrae la concepcion de materia de la de fuerza para considerarla como causa segunda ó primera de las leyes del organismo viviente; si no admite en el hombre mas que materia y propiedades, órganos y funciones, negando ó admitiendo tímidamente la existencia del alma racional, el espiritualismo, por el contrario, acepta sin vacilacion dos principios inmateriales distintos como agentes causales de los fenómenos del sér humano, el alma inmortal y la fuerza vital, los que abstrae á su vez de la materia que considera tan solo como instrumento pasivo de los actos morales y físicos. Las enfermedades son funciones accidentales del principio vital contra las causas morbigenas que perturban su armonía; y la terapéutica espectante, en el mayor número de las enfermedades, y la medicacion perturbadora, en algunas, su consecuencia legítima. El orígen filosófico de este sistema se encuentra en el idealismo antiguo y moderno.

12.° La doctrina vitalista ha tenido otras manifestaciones históricas; tales son la theista, la naturalista y la panteista. La primera no admite causas segundas en la organizacion y vida de la materia; pues cree que Dios puede hacer esto sola y directamente; y que, una vez formado el organismo, se constituye la razon de todos los actos vitales, como el alma del pensamiento. La segunda refiere á alguno de los agentes de la naturaleza, llamados

fluidos imponderables por los físicos, la causa inmediata ó instrumental de las funciones orgánicas bajo la influencia del alma. Asi, para el Sr. Murat, este agente es el fluido eléctrico modificado por la potencia viviente, y para el Sr. Guyot el calor. La tercera, finalmente, admite un principio de vida, una fuerza vital, un dinamismo, que no distingue de la organizacion y que considera como su síntesis total. Lo fenomenal, lo conocido, lo múltiple, lo estenso, lo variable de los actos vitales fisiológicos, patológicos y terapéuticos, es tenido por una simple manifestacion de lo desconocido, de lo inestenso y de lo inmutable del organismo, idéntico en el hombre con él que determina los fenómenos del Universo. Los principios filosóficos de las dos primeras concepciones llevan directamente al panteismo, como los de la tercera son panteistas legítimos.

13.° y último. El dogmatismo ecléctico y el empirismo dogmático, últimas manifestaciones sistemáticas de nuestros tiempos, si fuesen esclusivas, serian la negacion de la ciencia. Empero, como relativas, tan solo espresan mas claramente el pensamiento ecléctico de la idea médica contemporánea; la que pretende aunar el materialismo con el vitalismo, los principios dogmáticos con las leyes de esperiencia, la razon teórica con la razon práctica. Este trabajo sintético constituirá el objeto de la medicina del porvenir; la que, partiendo, sin duda, del principio hipocrático, de una filosofia racional y comprensiva, y de la doctrina católica, elevará la ciencia al rango que le compete, y la colocará en la senda legítima del progreso y de su perfectibilidad relativa.

HE DICHO.

José Andrey de Sierra.

ERRATAS.

PÁG.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
66,	37,	esperiencia..	experiencia
69,	39,	Cenones.	Zenones
70,	38,	Cenon.	Zenon
71,	32,	valuarte..	baluarte
79,	9,	fisico-ontológico.	fisio-ontológico
92,	36,	oscurecian.	oscurecen
99,	4,	modificaciones.	medicaciones.
104,	7,	Aheneo.	Atheneo